JUAN DIEGO INCARDONA

LA CULPA FUE DE LA NOCHE

FUTU RÖCK EDICIONES



JUAN DIEGO INCARDONA

La culpa fue de la noche



Incardona, Juan Diego
La culpa fue de la noche / Juan Diego Incardona. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones Futurock, 2020.
152p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-47814-1-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Dirección Editorial: **Federico Vázquez**

Edición: **Leila Gamba**
Collage de tapa: **Ayelén Vázquez**
Diseño de tapa: **Guido Howlin**
Diseño de interior: **Juana Colombani**

Ediciones Futurock
Medrano 725
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.futurock.fm/libros

edicionesfuturock@gmail.com

Impreso en Buenos Aires Print, Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires, Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

La culpa fue de la noche

Índice

Parte III: La culpa fue de la noche

Parte IV: Rebrote

Morí por la Belleza, pero apenas
pude acostumbrarme a mi tumba,
uno que murió por la Verdad
se instaló en el cuarto contiguo.
Me preguntó suavemente por qué caí.
«Por la Belleza», respondí.
«Yo por la Verdad, y ambas son una,
por lo que somos hermanos», dijo él.
Y así, como parientes reunidos en la noche,
hablamos de un cuarto al otro
hasta que el musgo alcanzó nuestros labios
y cubrió nuestros nombres.

Emily Dickinson

Poema de Año Nuevo

Yo sé que fue un año jodido pero
te lo pido encarecidamente:
¡Volvé!
Tomate un colectivo para brindar con nosotros;
los chicos te esperan sentados en las puertas de sus casas,
como esperabas vos a tus tíos desde la hora de la siesta.

Yo sé que se enfermaron muchos más
y que no van a alcanzar los osarios ni los monumentos
para recordar esta nueva fiebre amarilla;
la Plaza Ameghino va a quedar chiquita.
Mens enferma in corpore enfermo.
Pero no te quedes solo.

Los vecinos quieren saber de vos,
dicen que andás perdido,
preguntan si sos el mismo de antes;
es obvio que no, les dije,
nadie es el mismo.
Ellos responden que no han cambiado
y, pensándolo bien, es cierto,
ellos están siempre igual,
pareciera que no crecen,
sus caras me resultan eternas.

No se puede negar que
sus cuerpos envejecen y tienen arrugas,
pero yo estoy ciega y no puedo ver más
que lo que vi hace varias décadas,
este país me hace sufrir,
te confieso que ya no sé
qué imagen tiene el día de hoy,
será por ver todos los ayeres juntos.

Vos, en cambio, que te fuiste,
cuando volvés, podés comparar
una cosa con otra, esto y aquello, antes, ahora, después.
Entiendo que el lugar creció,
ya no es un pueblito donde todos nos conocemos;
pero ellos siguen igual,
mueren tan pendejos como hace cuarenta años,
porque su vida es juntarse en la esquina
y ver a sus hijos como reflejos de ellos mismos
y reír,
ver los cohetes iluminando el infinito.

Yo sé que fue un año de mierda,
pero tenés que volver.
Me acuerdo de aquella época cuando vos,
jugando al empresario, qué risa,
vendías planetas en la barra de pibes.
¿Te acordás cuando jugábamos a la guerra de las galaxias?

Hicimos un mapa estelar en la calle Giribone.
Como si fuera el TEG,
avanzábamos las piedras (naves espaciales)
de un cordón a otro,
entre las zanjas cósmicas,
y vos te calentaste
cuando te sacaron Orión o Andrómeda,
y terminamos a los cascotazos luchando por el cielo.

Volveeeé, no seas tonto,
compramos un pan dulce con muchas frutas,
el ananá fizz ya está en el freezer para que esté congelado como te gusta;
no sé cómo hacés,
en vez de tomar, masticás las bebidas.
Va a ser una linda noche;
tus padres te extrañan, volvé;
capaz vienen tus primos, volvé;
tus sobrinos te adoran, volvé.
¿Te cuento?

Yo sé que estás cansado,
que cuando te despidieron de todos lados,
tuviste que mudar de piel como buen trabajador argentino,
convertirte en un X-men conurbano y regenerativo.
¿Cierre de fábricas?
¿Ajuste?
¿Reforma?
¡Te cortan una mano y te vuelve a crecer!

Dale, volvé,
que hicieron un árbol con una rama caída
–igual que Argentina–,
le pusieron pelotas de papel y cinta bebé,
fósforos y velas de cumpleaños,
soldaditos pintados,
caramelos y recortes
de los chistes de los diarios.

Yo sé que estás enojado, pero volvé,
dale, te lo quieren mostrar.
Capaz hacemos baile en la calle
como en tiempos mejores,
cortamos Villa Celina con camiones,
y bailamos en Orión, Andrómeda,
las piedras y todas las galaxias.
¡Volvé!

PARTE I
UN CHICO DE MI EDAD

VIRUSITOS BEBÉS

Tengo que reaccionar.

Se viene la cuarentena y va a cerrar todo. Hay que salir cuánto antes a comprar comida. Esto va a ser un desastre y yo no me quiero morir de hambre y de sed. Conviene aprovisionarse y conseguir agua mineral, porque pueden cortar el agua corriente.

Hay que sacar toda la plata que se pueda del cajero antes de que los bancos armen un corralito. Si lo hicieron una vez, lo pueden hacer de nuevo.

Se viene lo peor: supermercados vacíos, militares en la vía pública, civiles armados defendiendo sus propiedades, estado de sitio, toque de queda, peleas a muerte por el alcohol en gel y los barbijos que nos podrían salvar del enemigo invisible.

¡Pero la gente exagera!

Mejor me tomo las cosas con calma y vuelvo a dormir.

Caigo en un sueño profundo y de pronto me encuentro solo, semidesnudo, parado sobre el techo de casa en medio de la ropa colgada, viendo cómo la gente corre frenéticamente en la calle para un lado y para el otro. Algunas plantas han crecido en las grietas del asfalto y la avenida se ha cubierto de tierra roja. No sé si es de día o es de noche, si es el pasado o el futuro. En el cielo, como si escaparan de algo, bandadas de pájaros vuelan en dirección al sur. Los motores rugen, los perros ladran, los vecinos señalan. Una estrella fugaz cruza Buenos Aires antes de que los deseos apaguen las chispas.

Amanezco con parálisis del sueño durante un par de minutos. Como siempre, me salva el dedo meñique de la mano derecha; este humilde dedito es el primero en obedecer mis órdenes, ¡cuando ya nadie en el cuerpo me escucha!

Durante la mañana no quiero ni prender la tele.

Me hago un café con leche y me pongo a grabar un video leyendo "Levitación", de Joseph Payne Brennan, para la Conabip.

No sé qué quiero hacer. Para que el encuadre quede estable, apoyo el aparato contra el frasco de azúcar sobre un peldaño de la escalera y, cuando termino la lectura, el celular se cae y la pantalla explota. ¡Oh, no! Se viene la cuarentena y, además de estar encerrado, voy a estar desconectado.

¿Dónde estás, Richard Matheson?

Arriesgo mi vida y salgo por Once en busca de algún lugar donde arreglen celulares, hasta que doy con un puesto al fondo de una galería. El señor que atiende me dice que ya se estaba por ir, que he tenido mucha suerte en encontrarlo. Es igual a Papá Noel: viejo, gordo, barba blanca. Uh, pienso, es población de riesgo, así que retrocedo unos pasos. No tiene puesto el famoso traje rojo, sino la camiseta de San Lorenzo.

Me cambia la pantalla y me vende un pegamento por si se llega a despegar. ¡Cuánta fe que se tiene!

Al salir, me da miedo. Nunca vi tanta gente en la zona: todos hacen colas en las veredas y se insultan por el último tomate, el último churrasco, la última botella de aceite.

¡María! ¡Negro! ¡Alfredo! ¡Raúl! ¡Poli! ¡Martín! ¡Teresita! ¡Chavo! ¡Pepa! -cientos de personas son llamadas en todas partes, posiblemente por sus parientes o amigos-. Después de un rato comprendo que le gritan al aire. ¡Y propagan el virus! Sin saberlo, les ponen nombres a los virusitos bebés. Entonces pienso, un poco con temor, un poco con sorna, que quizás los efectos del coronavirus se han acelerado y ahora la gente, delirante de fiebre, habla con fantasmas.

Acá podría plagiarme, porque alguna vez escribí una historia donde pasaba lo mismo. Pero bueno, está todo inventado.

-¿Mi hermana? ¿Mi hermana está viva? -dice una.

-¿Mi padre? ¿Mi padre está muerto? -dice otra.

En la plaza, un hombre vestido con túnica habla por un micrófono que conectó a un pequeño parlante.

-¡Ha llegado el día! -abre los brazos- ¡Se abre el cielo! ¡Se abre la tierra!

Todo el mundo empieza a correr, preso de sus visiones.

-Y vi a los que habían muerto -dice, poseído-, grandes y pequeños, delante del trono.

Estoy en medio de Pueyrredón, frente a la vieja Perla del Once, y yo también empiezo a alucinar y a buscar entre la turba para ver si reconozco a alguno de mis abuelos o a mi amiga Marina, que murió tan joven, meses después de recibirse de licenciada en Letras, pero no logro identificarlos, quizás los tapa tanta gente corriendo y gritando, golpeando las puertas y persianas como en la época de los saqueos.

De algún modo llego hasta el Abasto. Varias personas empiezan a tirar piedrazos y tengo que correr. Quizás les apuntan a fantasmas que no quieren ver, porque además los insultan y les recuerdan cosas de antes, infidelidades, deudas y toda clase de viejos rencores.

Anchorena derecho, paso por el chino que me atiende con un casco de soldador; compro lo que puedo y después regreso a casa, al fondo del PH de la calle San Luis. Con suerte, ahora podré estar más tranquilo, con el WhatsApp activo y los dos paquetes de fideos que pude rescatar del supermercado, a la espera del fin del mundo.

Sol blanco

Un día bajo el sol blanco del invierno bajé hasta la Riccheri. Estaba aburrido y mis amigos no aparecían. A Martín lo fui a buscar, pero no lo dejaban salir, y en lo del Cabezón me dijeron que se había ido y que no sabían adónde.

Siempre me gustó bajar la loma de Giribone. En una época lo hacía con la bici y en la esquina de Barros Pasos me agarraban delirios suicidas. Soltaba el manubrio y abría bien los brazos, cerraba los ojos y pedaleaba más rápido. Nunca me pasó nada. Pero me podría haber pasado.

Cuando llegué a la autopista me crucé con un tipo que iba fumando y le pedí uno. Yo no fumo. No me llama. Además, nunca aprendí. No sé tragar el humo, siempre toso. Pero me dieron ganas. No sé. Lo vi tan tranquilo con su cigarrillo, que me dio envidia. El tipo sacó el paquete y me convidó. Después me dio el que estaba fumando para que encendiera el mío. Crucé el guardarraíl y bajé unos metros por la montañita de pasto.

Me senté abajo de un árbol a mirar cómo pasaban los autos por la autopista. Había remolinos de viento. A mi alrededor, las hojas secas iban y venían.

De golpe me sobresalté. Alguien me llamaba por mi nombre, a los gritos.

—¡¡Juaaaaann!! ¡Juaaaaann! –era el Cabezón arriba de un caballo.

—¿De dónde lo sacaste?

—Me lo prestó el Escobita. ¿Querés dar una vuelta?

—¡Dale! Vos cuidame la bici.

Si hay algo que me gusta en este mundo es andar a caballo. Subí Giribone. En la esquina de Barros Pasos hice la que hacía siempre con la bicicleta. ¿Pero esta vez qué peligro podía haber?

Arriba de un caballo sos poderoso. Nada te puede pasar arriba de un caballo.

Enfilé para Ugarte. Le quería mostrar el caballo a mi familia, sobre todo a mi viejo. Me bajé y lo até al canasto de fierro que mi papá había construido para poner las bolsas de basura. Los vecinos se paraban a mirar. Quise entrar a mi casa, pero estaba cerrado y me había olvidado las llaves. Toqué el timbre. Mil veces toqué el timbre y nadie salía.

—¡Maaaaaaa! ¡Paaaaaaaa! ¡María Laaaaauraaaa! ¡María Ceciiiiiliaaaaa!

Era raro, porque siempre había alguien. Estuve un rato largo, hasta que me cansé.

—Ma sí –y agarré viaje a todo galope.

Fui a dar vueltas por el campito. Cuando volví a la Riccheri, el Cabezón me reputeó porque había tardado un montón. Se subió al caballo y rajó para Olavarría, porque se lo tenía que devolver al Escobita.

Yo volví a mi casa. Esta vez entré sin problemas: estaba abierto.

Se me ocurre que tanto mis viejos como mis hermanas me hubieran dicho que siempre estuvieron ahí, pero que no oyeron nada.

—Qué raro –les hubiera contestado.

De este modo sería una especie de final fantástico, inquietante. Pero ese diálogo nunca pasó porque no les hablé del caballo. Quería darles la sorpresa otro día. Pero ese día nunca llegó. No sé por qué. Y como ya pasó mucho tiempo, la verdad es que podría contarles. Pero un poco me resisto. Será porque la esperanza es lo último que se pierde. Y yo todavía pretendo encontrarlos, saliendo sorprendidos a la puerta para verme a mí, jinete de Celina en una linda tarde.

Boca Juniors

Para Salvatore Incardona, Celina Zaldarriaga, Tino, Fabián Cabrera, Inés Bedia

Corría el año 1981 y entraba por primera vez en la Bombonera. Antes de mirar el pasto, vi las tribunas. Me acuerdo que me mareé y mi tío Salvatore me tuvo que agarrar porque estuve a punto de caerme. Nunca había visto un lugar así. Era como la foto del Coliseo romano que aparecía en el manual de la escuela. Miré la cancha. No había gladiadores. Pero jugarían Mouzo, Pernía, Brindisi y todas las figuritas de mi álbum. El amarillo de las banderas brillaba tanto que realmente parecía ser de oro. Azul y oro, Juanegriego, ¡agarrate que esta cancha tiembla! Todos saltaban. Todos cantaban. Dale Boca, dale Boo...

Faltaban dos horas para que arrancara el partido y el estadio ya estaba lleno. Boca jugaba con Ferro una final anticipada, tres fechas antes de que terminara el campeonato. Mi tío era socio de toda la vida y había prometido llevarme a la cancha cuando cumpliera diez años. El 27 de julio finalmente los cumplí y Salvatore apareció en casa a la semana siguiente, el domingo bien temprano. Mis padres se sorprendieron con su visita y, cuando se enteraron de que me quería llevar con él, no quisieron saber nada, porque les daba miedo que fuera a un partido con tanta gente. Además, llovía y hacía frío. Pero Salvatore los miró fijo a mi padre Joanino y a mi abuelo Giuseppe, que vivía con nosotros, y les dijo:

—Lo prometido es deuda.

A partir de ese momento, nadie se opuso. Como si hubiera que respetar no sé qué código de la mafia siciliana, es decir, ¡de mi familia!

Mi mamá me enfundó en pulóveres y casi me ahorca con la bufanda que usaba ella, porque era más abrigada. Yo no lo podía creer. Cuando comprendí que realmente me iban a dejar

ir a la cancha, empecé a saltar como un loco y después lo abracé fuerte a mi tío y le pregunté:

—¿Juega Maradona?

Todos se rieron.

Si tuviera que hacer una lista de los momentos más felices de mi vida, esa mañana no podría faltar, aunque sabía que era una mala época. Yo era chico, pero escuchaba los comentarios que se hacían en casa, en voz baja para que –ni siquiera los vecinos– pudieran oír: que eran malos tiempos en nuestro país, que pasaban cosas terribles. Mi mamá siempre le decía a mi papá que tuviera cuidado cuando fuera al trabajo, allá en el puerto, porque estaba lleno de militares. Dos veces lo habían retenido por averiguación de antecedentes.

—Uno sale y no sabe si vuelve –le escuché decir una vez.

Mi mamá nos ofreció hacernos rápido unos sándwiches para que tuviéramos algo que comer, pero mi tío le dijo que no se preocupara, que me iba a comprar pizza, panchos, Coca Cola, lo que yo quisiera.

—Hoy al rey Juanegriego le dan todos los gustos –se rió mi abuelo Giuseppe y, como siempre que se reía, se le empezó a mover la panza como un flan. ¡Cómo lo quería a mi abuelo!

Salimos al porche, después a la vereda, crucé la calle y me metí en el Renault 12 naranja de mi tío. El resto de mi familia saludaba desde la puerta de casa. Mi mamá lloraba. Parecía que me estaba yendo de viaje para siempre, hacia algún lugar lejano; y de algún modo fue así, porque aquel domingo 2 de agosto, Día del Niño, crucé la General Paz y salí por primera vez de Villa Celina. Y en la lista de los momentos más felices no solo aparecerá esa mañana, sino también lo que iba a suceder aquella tarde, cuando literalmente volé sobre un mar de cabezas.

Fuimos a la primera bandeja de las tribunas que daban a Casa Amarilla. A medida que pasaron los minutos, me fui sintiendo cada vez más apretado y entonces Salvatore se paró detrás de mí tratando de aguantar un poco la presión. Me agarró miedo, pero mi tío me dio un gran consejo:

—Juanegriego, vos hacé lo mismo que hacen los demás y vas a estar bien. Si la gente salta, vos saltá; si la gente empuja, vos empujá.

Esa era la clave y de alguna forma lo entendí. La hinchada de Boca era el mar y yo tenía que aprender a nadar. Nadie podía ir contra la corriente, así que me dejé llevar por la marea y fue hermoso. Me movían para un lado, me movían para el otro y, sin embargo, esos movimientos que escapaban a mi voluntad empezaron a hacerme sentir protegido, como si aquellos miles de hinchas fueran una gran coraza, mi escudo contra cualquier peligro que pudiera aparecer. La gente cantaba sin parar. Yo no conocía muchas canciones pero trataba de aprenderlas para de ese modo poder pertenecer y que los demás hinchas me miraran con aprobación, como a uno más. Si me hubieran dicho que medio país estaba en esa tribuna, les hubiera creído. Éramos la mitad más uno y yo bien podría haber sido el famoso uno, el nuevo, el bautizado, el reencarnado de los hinchas xeneizes de la antigüedad que quisieron ver a Boca Campeón. Boca 4 - Talleres 2, 1931; Boca 5 - Independiente 2, 1940; Boca 2 - Racing 0, 1944; Boca 1 - Tigre 0, 1954; Boca 2 - River 2; 1969; Boca 1 - River 0, 1976. Todas las finales juntas y yo en el centro, gritando como un poseído. Mi voz de niño era aguda, pero en ese momento fue desafiante, feroz. Miles de papelitos volaron en el viento. El cielo se oscureció. Los truenos se mezclaron con los gritos. Y así, en medio de la tormenta, los equipos salieron a la cancha.

Dicen que las mareas son provocadas por la luna. En aquel domingo de infancia, las gravedades de los grandes astros, cuyos posters empapelaban la pared de mi pieza, eran capaces de dar vuelta la lluvia, una mezcla de agua y barro que caía del suelo al cielo. Era como si aquellos charcos pisados por los botines pudieran salpicar todo el universo. Miré a mi alrededor y creo que me agarró un ataque de risa. El oleaje azul y amarillo se llenó de caras que hacían gestos raros, cómicos. Algunas personas se habían disfrazado y usaban sombreros extravagantes; otras estaban en cuero pese al frío.

De pronto, algunos empezaron a cantar una canción que sí conocía, porque la escuchaba en mi barrio desde que tenía memoria. Era la marcha peronista. Otros, nerviosos, pidieron silencio, que mejor no la cantaran, que podía haber problemas. Cerca de nosotros,

varios hinchas discutían. Unos meses después, la hinchada de Chicago la cantó en Mataderos y a la salida fueron perseguidos y reprimidos por la policía.

Cuando el árbitro tocó el silbato y la pelota empezó a rodar, automáticamente dejó de llover, incluso recuerdo ver brillar algún rayo de sol en las tribunas de enfrente, que daban al Riachuelo. Pero la cancha estaba medio inundada y los jugadores empezaron a embarrarse. A la gente le encantaba cuando se tiraban al piso. Salvatore me decía ves, Juanegriego, así es como se tiene que jugar en Boca, porque la camiseta de Boca fue inventada para llenarla de tierra, de pasto, de transpiración, ¡de sangre!

—¡*Mamma mía*! –y se hacía la señal de la cruz.

Yo me acordaba de los partidos en el campito, o en la sociedad de fomento, donde me parecía que se jugaba más o menos igual. Aunque allá en Celina no había tribunas, también jugar a la pelota era tirarse al piso y embarrarse todo.

—¡*Vaffanculo*, *coglione*, corré, saltá! ¡*La palla*!

Mi tío se ponía nervioso y empezaba a insultar, aunque no recuerdo bien a quiénes. Supongo que a nadie, o a todos.

En el primer tiempo, el loco Gatti, gran ídolo de mi madre, atajó en el arco que daba a nuestra tribuna. Tenía puesto un buzo rosa y la vincha que siempre usaba en las fotos. La gente le decía cosas, lo alentaba, y él, sin darse vuelta, saludaba moviendo las manos en alto. Sus guantes me parecían enormes, como los de un boxeador. Entonces, la mayoría lo aplaudía. Pero me acuerdo de un hombre que estaba al lado mío, que de repente se puso a gritar enojado que no lo distrajeran al arquero. Otros reaccionaron y empezaron las discusiones, cada vez más subidas de tono. Sin embargo, creo que se decían cosas graciosas, porque mi tío y otros más se empezaron a reír.

—Che, ¡déjense de joder y vean el partido!

Justo en ese momento, un jugador de Ferro desbordó por el costado que daba a los palcos y quedó solo contra Gatti. Le pegó fuerte al primer palo y la pelota dio en la parte externa de la red. Todos se agarraron la cabeza. Enseguida me agarré la cabeza. Decían Dios mío, pensé que entraba. Entonces mi voz aguda resonó en la primera bandeja: ¡Dios mío, pensé que entraba! Me había convertido en una especie de imitador. Si alguien gritaba

algo a la izquierda, yo gritaba lo mismo a la derecha. Si se reían, yo también me reía, aunque no supiera bien el motivo, inventaba carcajadas. Como me había dicho mi tío, tenía que hacer lo mismo que los demás, así que esa tarea me la tomé muy seriamente, porque quería aprender a ser hincha.

Cuando terminó el primer tiempo, seguíamos cero a cero. La gente estaba nerviosa. Decían que el partido era difícil, que Ferro era duro, que tenía un equipazo.

—¡Pero hay que ganar! –dijo uno.

—¡Cueste lo que cueste hay que ganar! –dijo otro.

Entonces, la hinchada empezó a cantar mamá yo quiero oh oh... La gente saltaba y el lugar retumbaba. A mí me daba la impresión de que la tribuna de arriba se iba a derrumbar y cerré los ojos.

—¡Juanegriego! ¡Juanegriego!

—¿Qué pasa?

—¿Querés un pancho?

Increíblemente, un vendedor ambulante lograba avanzar en medio de aquella multitud donde no entraba un alma, aunque todavía estaba como a diez metros de nosotros. Los hinchas levantaban la mano para pedirle.

—¡Jefe! ¡Acá!

Mi tío Salvatore también levantó la mano y el vendedor lo vio. Era una cosa de no creer. No me acuerdo bien cuánto salía, pero sí me acuerdo de la plata de mi tío yendo de mano en mano hasta el vendedor. Yo pensaba que alguno se la podía robar, pero en pocos segundos el billete llegó hasta él.

—¿¡Con mostaza!? –nos gritó.

—¿Con mostaza? –me preguntó mi tío.

—Sí –le contesté.

—¡Sí! –le gritó mi tío, y algunos hacían eco y se reían–. ¡Sí! ¡Con mostaza!

Acto seguido, el pancho empezó a pasar de mano en mano moviéndose hacia nosotros. De nuevo, desconfié, y pensé que alguno se lo iba a comer en el camino, pero todos respetaban el mandado y lo pasaban, bien alto, hasta que llegó. Empecé a comer. Las personas que estaban a mi alrededor sonreían y me palmeaban.

—*¿Va bene?*

—Sí, *bene* –ahora trataba de imitar a mi tío Salvatore, que desde aquel día se convertiría en mi ídolo.

En el segundo tiempo se jugó más o menos igual. Parecía imposible que alguien metiera un gol en un partido tan cerrado. Yo empecé a tener la sensación de que había niebla sobre la cancha. Quizás la lluvia se estaba evaporando y además se mezclaba con las humaredas que miles de bocas echaban al aire, por el frío. En esa imagen empañada escribo ahora, como quien escribe con el dedo sobre la ventanilla de un colectivo el nombre de su amor, para que también los próximos pasajeros puedan verlo, y quizás imaginar la cara de ese nombre, el amor que sintió, antes de que el tiempo lo derrita sobre el vidrio, gota a gota.

—¿Siempre tenemos que sufrir? –preguntó alguien.

Los minutos corrían y a Boca se le escapaba la gran oportunidad, quizás el campeonato. Al partido lo transmitían por la tele y esa grabación la vi muchos años después. Cuando faltaban quince para el final, y el aire se cortaba con una tijera, el relator ponía el dedo en la llaga y repetía: cero a cero, Boca y Ferro, segunda etapa.

Y siguió: arranca Garré. La pide Márcico. Márcico. Garré. Va el número tres. ¿Buscando a quién? ¡Gatti! Ahí estaba el loco. Atención, Brindisi. El mono Perotti. Ganó Maradona. Va el pase. Cañete lo marca. Brindisi. Va Perotti. Ganó Maradona en el medio. Ahí va. ¡Maradona! No pudo.

Lo miré a mi tío Salvatore. Tenía la boca abierta y los ojos fijos. Ni siquiera pestañeaba. Estaba duro como una estatua. El tiempo pasaba y ahora faltaban solo doce minutos.

En la tele, el relato era una lista monótona de apellidos, sin jugadas. Este es Gómez. Buscando a Crocco. Perotti. Sacará Maradona. Suárez. Sacará Córdoba, entonces. Brindisi. Mouzo. Gritando Passucci. Juárez. Sí, Benítez. Brindisi. Buscando el juego para Escudero. Barissio. Se prepara Trobbiani en un costado. El Beto Márcico. Sale Gatti. Cúper.

Faltaban diez minutos y creo que me había dado un poco de sueño. En ese momento, minuto ochenta clavado, el loco Gatti

sacó del arco del Riachuelo con un pelotazo fuerte al medio que rechazó Cúper de cabeza. Entonces la agarró Maradona.

En la tele, el relator dijo: arranca Maradona, lo pasa a Arregui, Maradona...

En la radio, otro relator contaba con un poco más de entusiasmo: la para Maradona, arranca Maradona contra Arregui, lo deja por el camino, gran pase de Maradona...

Cinco años después, daría un pase parecido para la corrida de Burruchaga en la final del mundo. Nueve años después, otro para Caniggia contra Brasil.

Después del rechazo de Cúper, Maradona tomó la pelota y metió un pique corto en la mitad de la cancha y lo pasó a Arregui en diagonal, en dirección a los palcos. Otro jugador de Ferro se le venía al humo por la derecha. De pronto, hizo una pausa rapidísima, casi invisible, como un piloto de Fórmula 1 que mete un cambio en velocidad apenas pisando el embrague, y esto le permitió al diez acomodar la zurda para meter un pase largo a contrapierna, con la cara externa del botín. La pelota cruzó milimétricamente entre cinco jugadores de Ferro –dos de ellos trataban de taparle el pase en la mitad de la cancha y otros tres que volvían desesperados hacia su propio arco–. En medio del enjambre, corría solo el mono Perotti, quien recibió el extraordinario pase. Pero todavía Perotti estaba como a diez metros del área. Un jugador de Ferro lo corrió por la izquierda, le tiró una patada y se tiró al piso. El mono tambaleó y casi se cae, pero aguantó el guadañazo como en sus épocas de potrero allá en el conurbano profundo, en Moreno. Entró al área y quedó mano a mano contra Barisio, que salió rápido para achicarle. El arquero de Ferro se tiró con las piernas hacia adelante, pegó un giro con todo el cuerpo y tiró un manotazo tratando de tapar el tiro. Pero el mono era un delantero acostumbrado a esos achiques y cacheteó con la zurda en el momento justo, hacia el segundo palo. Entonces siguió corriendo hacia el costado, donde se unía la popular con las plateas. Miró una vez hacia el arco para asegurarse de que la pelota efectivamente entraba, y después siguió su carrera con los brazos abiertos, para festejar con la gente aquel gol que valía un campeonato.

Cuando Maradona dio el pase y empezó la corrida del mono Perotti, todos los hinchas inclinamos los cuerpos casi involuntariamente hacia adelante, para ver mejor. La gente empezaba a emitir un sonido extraño, que se quedaba vibrando en las gargantas, como bloqueado. Era como una vocal entre la a y la e que aumentaba su volumen y que pronto se transformó en un gran rumor de la multitud, que a medida que pasaba cada décima de segundo se inclinaba todavía más, en bloque, hacia adelante. Estaba pasando aquello que me habían enseñado en la escuela sobre la energía, que podía pasar de potencial a cinética cuando se rompía la inercia.

La pelota rodaba hacia el arco de Casa Amarilla en una película en cámara lenta, como si fuera un gol pateado al infinito. Todos seguíamos bajando escalones. Mi tío Salvatore se dio cuenta de que algo iba a pasar y me levantó con toda su fuerza. Sentí que me lanzaba por el aire. Entonces tuve una vista panorámica. Toda la masa de gente caía como un alud. Un ruido ensordecedor, parecido a una explosión, retumbó en el ambiente. No sé cuántos metros caí, deslizándome sobre aquellos cuerpos frenéticos. Cuando lo recuerdo, se parece a mis veranos en Claromecó, barrenando olas con mis primos.

La llamaron la madre de las avalanchas, la avalancha más grande del mundo, la avalancha del gol que pudo terminar en tragedia. Años después, Barisio, el arquero de Ferro, dijo:

—Yo sentí un griterío impresionante, pero no me di cuenta de la avalancha. Estábamos tan metidos en el partido. Después, con los años, cuando veo el video, en esa bandeja, creo que fue la primera bandeja, se viene toda la gente contra el alambrado...

Brindisi también lo recordó:

—No me lo voy a olvidar nunca más en mi vida. Pensé que podía ser una tragedia. La cancha se venía. Era una marea la gente cómo se venía. Lo agarré del pelo al mono y lo traje para atrás, porque si seguíamos ahí, iba a pasar una desgracia.

La historia puso a aquel gol en un tiempo mítico, legendario. Con los años, algunos dijeron que ese tiro se iba desviado o que iba a pegar en el palo, pero que fue aquella avalancha de la hinchada de Boca la que provocó, con su energía, que cambiara la trayectoria de la pelota para que entrara en el arco.

Todavía seguíamos festejando el gol cuando terminó el partido. Mi tío Salvatore me revisó para ver si estaba bien. Creo que tenía algún raspón en la mejilla y un chichón en la cabeza. Pero no me dolía nada.

—¡Boca Juniors! –mi tío me abrazaba–. ¡*La migliore squadra del mondo*!

Salimos de la cancha, caminando despacio entre la multitud, en busca del Renault 12 naranja que nos llevaría de regreso. Hacía rato que había dejado de llover y ahora los rayos del último sol de la tarde se filtraban entre las nubes e iluminaban las copas altas de los árboles. Las paredes de las casas estaban pintadas de azul y amarillo. Los balcones tenían colgadas banderas de Boca. En una cortada unos chicos jugaban a la pelota y todos tenían remeritas de Boca. La gente se iba cantando por las calles. Los automovilistas tocaban las bocinas y, en el Riachuelo, sonaban las sirenas de los barcos.

Un chico de mi edad

Únicamente los niños saben lo que buscan.
El Principito

Estaba en la terraza jugando a que mi casa era un barco. A lo lejos, los monoblocks de la General Paz por un lado y los de la Ricchieri por otro eran la flota enemiga. Ordené disparar el cañón principal –el tanque de agua– cuando de pronto una sombra cruzó la tarde. Levanté la cabeza. El sol era eclipsado por una figura que, difusa al principio, fue cobrando forma a medida que el viento la corrió del centro de la luz. Alguien caía lentamente hacia el barrio, colgando de un paracaídas. Pasó por encima de las terrazas y los galpones de Monti y luego descendió en alguna de las canchas de la sociedad de fomento, a una cuadra de casa. Me refregué los ojos y miré alrededor. Era la hora de la siesta y por eso las calles estaban vacías, así que yo, aparentemente, había sido el único testigo. Bajé la escalera y salí de mi casa a toda velocidad. Corrí por la calle Giribone y después crucé San Pedrito. Junto al arco que daba a la estación de gas, un chico de mi edad –nueve, diez años– arrastraba varias bolsas de arpillera que se había atado con unas cuerdas.

Me detuve a unos metros. Vi que trataba de desatarse los nudos pero no podía. Al verme, me hizo señas para que me acercara.

—Buenas tardes, señor, ¿sería usted tan amable de ayudarme?

¿Señor? Me reí solo. Él me miraba fijo, esperando que lo ayudara, así que no dije nada y puse manos a la obra. De a poco, fui desenredando el embrollo hasta que finalmente pudo liberarse.

—Muchas gracias –me dio la mano bien fuerte, como si fuera una persona grande–, tome esta moneda, por sus servicios.

Era una chapita plateada que no tenía dibujos ni nada escrito. Me sentí confundido.

—Cuídela –me aconsejó después–, es de otro país, pero vale más de diez millones de pesos.

Me la guardé en el bolsillo.

—¿Qué lugar es este? –preguntó, mientras miraba el campito.

—Villa Celina.

—Ajá –sacó un cuaderno Gloria y una birome Bic–, lo anotaré en mi bitácora.

La tarde era calurosa y todo el lugar estaba prácticamente en silencio. Ni siquiera se escuchaba el canto de los pájaros. Pensé que capaz dormían la siesta.

—¿Cómo se llama usted? –me miró de arriba abajo.

—Juan Diego.

—¿Nada más?

—No entiendo.

—¿Por qué tiene solo dos nombres?

—¿Es poco? Tengo dos nombres y un apellido.

—¡Es muy poco! Tiene que conseguirse más nombres.

—¿Para qué? ¿Y cómo se hace?

—Vea –me explicó–, yo soy joven, pero ya tengo cinco nombres –sacó un peine del bolsillo y empezó a peinarse, dándose importancia–. Mi abuelo –siguió–, que ya es viejo, tiene más de cincuenta nombres. Si uno quiere ser respetado en esta vida, hay que tener muchos nombres.

—No sabía. ¿Y cómo se consiguen?

—Bueno, no sé cómo es acá, pero en mi país a los chicos se los dan en la escuela y a los grandes en el trabajo. Hasta ahora me llamo Antonio María Juan Bautista Rogelio. Para servirle.

Volvió a darme la mano. Yo no sabía qué pensar.

—¿Cuál es ese país? –pregunté.

—Mi país natal, Francia.

—Ah, pero eso queda muy lejos.

—¿Qué dice señor? ¿No sabe que Francia queda acá al lado, cruzando la General Paz? Mire –me señaló hacia los monoblocks–, ya puede verse París.

—Disculpe, pero está equivocado –ahí me di cuenta de que yo también empezaba a tratarlo de usted–. Allá queda Lugano. Lo sé porque siempre la acompaño a mi mamá a hacer las compras en Chilavert.

—Ah, pero usted se ha vuelto loco, no sé de qué me habla. Con su permiso –dijo ofendido, y empezó a alejarse, arrastrando las bolsas de arpillera hacia la profundidad del campito, donde los pastos altos se movían con el viento como si fueran algas en el fondo del mar.

—¡Chau! –le grité.

—¡Chau, Juan Diego! –escuché que contestó–. ¡No olvide conseguirse más nombres!

De a poco, el horizonte lo fue cubriendo y su figura desapareció de mi vista.

Miré el cielo. Las nubes parecían animales salvajes.

Miré el suelo. Los pastos parecían pelos de animales salvajes dormidos.

Cuento asqueroso para niños

Hoy me levanté temprano porque me duele la panza. Ayer a la noche fue el cumpleaños de papá y, como todos los años, la abuela hizo fideos amasados por ella. Mi hermano dice que el secreto de su receta es que los hace con mocos. Cuando dice eso, me da mucha risa, y también asco, pero igual los como porque sé que mi hermano miente. Él dice que esas pastas se hacen sin sal, porque los mocos son salados, y que los mocos no son de la abuela sino de las amigas de la abuela, que una por una le donan algo de flema para la cocina, así papá se pone contento. Mi hermano dice que no tiene nada de raro comerse los mocos, aunque él no se los come nunca, porque es muy valiente. La abuela sirvió los platos y dijo, muy contenta: ¡fideos de espinaca, para que sean fuertes! Pero mi hermano me dijo al oído:

—Son mocos verdes; las amigas de la abuela están engripadas.

Yo escupí de la risa y mamá nos retó.

—¡Chicos, pórtense bien!

—¡Quiero tener un cumpleaños tranquilo, eh! –agregó papá.

Me llamo María Laura, tengo once años. Miren, acá les presento a mi hermano, se llama Juan Diego y me lleva cinco años, aunque mis padres dicen que en realidad es más chico que yo, porque es muy infantil, o muy tonto, digo yo. Juan Diego es quilombero y no respeta a nadie, dice mamá, pero eso pasa porque es muy inteligente, dice papá.

Mi hermano dice que tengo gases. Ahora estoy acostada en la cama y mucho no me puedo mover porque me da retortijones.

—¿No te dan ganas de ir al baño?

—No, solo me duele la panza, mucho me duele. Mamá fue a la farmacia para comprar un remedio.

—Tranquila, ya te van a venir las ganas, ahora te voy a contar algo, así te distraés. Cuando estaba en primer año nos llevaron de campamento a Córdoba, que es un lugar que tiene sierras. Las sierras son como las montañas, pero más bajas. En el camping había muchos árboles, la mayoría palos borrachos.

—¿Los árboles gordos?

—Sí, esos. Bueno, la cuestión es que a la noche los palos borrachos no paraban de tirarse pedos.

Otra vez me da risa y otra vez me duele.

—¿Los árboles hacen eso?

—Obvio.

—No creo.

—Sí, nena, todas las plantas están vivas y comen igual que nosotros.

—No comen igual.

—Ya sé que no comen milanesas con papa fritas, bah, las plantas carnívoras capaz que sí, pero lo que quiero decir es que: comen.

—¿O sea?

—O sea... Se tiran pedos. No es muy difícil de entender: todos los que comen se tiran pedos.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Los guías del campamento empezaron a tirar desodorante de ambiente en el bosque, pero no sirvió de mucho porque, además de que el olor seguía, para mí que los insectos empezaron a estornudar, porque era impresionante cómo zumbaban los mosquitos, cantaban los grillos. Los bichos se volvieron tan locos que empezaron a entrar a las carpas. A mí se me llenó de hormigas la bolsa de dormir y me picaron las piernas. Un pibe me explicó que, cuando una hormiga te pica, te deja un huevo. Tuve miedo de que me empezaran a salir hormigas de la piel.

—¿Por eso mamá dice que tenés hormigas en el culo?

—No. Eso es una forma de decir, nena, esto era de verdad. A la mañana estaba lleno de ronchas y en cada una dormía una hormiga bebé.

—Qué lindo.

—Lindo tu abuela.

—Mi abuela es tu abuela también.

—Buajj.

—Juan Diego, sos terrible. Decime, ¿las hormigas eran negras o coloradas?

—No sé de qué color eran porque cuando entraron era de noche y mucho no se veía.

—¿Y qué hiciste? ¿Te nacieron las hormigas al final?

—No, porque, cuando estaban por nacer, me pasé pis por la piel, que es un insecticida natural.

—¡Qué asco!

—Jajá, la verdad que sí, porque si hubiera sido mi pis tanto no me hubiera molestado, pero me dijeron que tenía que ser de otro, así que le pedí a uno de los pibes que me llenara un frasquito.

—¡Mentira!

—Verdad.

—¡Mentira, nene!

—Verdad, nena. Y, hablando de esto, ¿vos sabías que existe un lugar donde llueve pis?

—Decís cualquier cosa.

—Te lo juro. En el campamento, los guías nos dijeron que ahí cerca había un campo donde todos los animales y los gauchos iban a mear, entonces cuando se evaporaba se formaban nubes con orina.

—¿Y llovió pis cuando vos estabas?

—Sí, un tremendo chaparrón. Quedó todo el suelo lleno de charcos amarillos y después los pajaritos venían y se bañaban, re chanchos.

—Jajaja, sos muy mentiroso.

Se abre la puerta y aparece mamá con un señor. Es petiso y tiene bigotes. Mi hermano me dice:

—¡Trajo al señor cara de papa!

—A ver esa pancita –dice mamá–, mostrale al doctor.

—No pasa nada, don –le dice Juan Diego–, nada más tiene gases.

El doctor lo mira de mala manera, pero no le dice nada. Mi mamá lo echa del cuarto, pero Juan Diego se queda igual.

—Es verdad –dice, mientras me aprieta el estómago–, le hace mucho ruido.

—¿Qué te dije? –les dice mi hermano a todos– ¡Qué te dije! –repite y se manda la parte.

Juan Diego se pone de pie, camina hacia la puerta del cuarto y antes de salir se da vuelta y se queda un rato mirándome. Después, me saluda con la mano. Yo también lo saludo con la mano. Al costado, mamá se queda hablando con el doctor, hasta que, de pronto, ella dice, mirándolo primero a él y después a mí.

—Mmmm, qué olor, eh.

Vacas muertas por los rayos

Era una tormenta de aquellas, bien eléctrica. Ese día me desperté temprano .porque quería conseguir churros en la panadería de Mariquita Thompson. Era un antojo acumulado. En esa época solía levantarme a las ocho de la mañana y entre que me cambiaba y me duchaba pasaba media hora o cuarenta minutos, así que siempre llegaba a la panadería a eso de las nueve menos veinte. Pero por alguna razón nunca conseguía churros. No entendía qué pasaba. Parecía que en el barrio eran todos fanáticos de los churros.

Pero aquel día iba a ser excepcional. Había tanto churros comunes como rellenos con dulce de leche. No lo podía creer. Compré una docena: mitad rellenos, mitad no. Y medio kilo de pan. Todavía estaba caliente. No me acuerdo si en casa tenía manteca. Pero hubiera sido un manjar aquel desayuno. Un buen café con leche, los churros... Les tenía tantas ganas que seguro metí la mano en el paquete. Pero juro que ni un bocado pude probar, porque en ese mismo momento, cuando el churro se acercaba a mi boca, se puso todo blanco.

Me desperté después de varios días y acá estoy, desde hace dos semanas. Cuando me lo dijeron, no lo podía creer. Dicen que volví a nacer.

—Imaginate: cien millones de voltios.

—Sí, la verdad que es un milagro que estés vivo.

—¿No te digo? Ya sé. Veinte mil amperes de intensidad. Bueno, tan barata no la saqué. Tuve un paro cardíaco. ¿Sabías, no?

—Sí, me contaron las enfermeras.

—¿Y vos qué tenés?

—Me operaron del apéndice, pero ya estoy bien. Mañana me voy.

—¿Tuviste apendicitis solamente o se te hizo peritonitis?

—No, no, apendicitis nada más.

—Menos mal. La otra es muy jodida. Ayer, hablando con un primo... Pobre, se vino desde Chivilcoy para verme, ¿sabés? Un capo. Me contaba que allá en el campo hay rayos todo el tiempo y que hace poco hubo un temporal muy fuerte y que cayeron varios sobre los animales. Murieron no me acuerdo bien cuántas vacas, ponele que diez. Imaginate la malaria que hay últimamente que me decía mi primo que enseguida apareció un montón de gente con cuchillos. ¡En el medio de la tormenta! ¡Qué peligro! Bueno, yo soy el menos indicado para hablar, que salí con ese temporal por unos churros de mierda que casi me cuestan la vida. La gente empezó a faenar ahí mismo, debajo de la lluvia. Pero es comprensible. Yo por suerte nunca pasé hambre. No es que venga de una familia rica. Nada que ver. Mi papá es tornero y mi mamá es maestra. Tienen sueldos bajos. Pero a nosotros... Yo tengo dos hermanas... Nunca nos faltó nada. Pero, volviendo a lo que me decía mi primo: estaban todos faenando las vacas muertas por los rayos y de pronto cayó uno sobre la gente. ¿Sabés que mató a dos personas? Creo que salió en la televisión. La verdad es que yo la saqué barata. Tienen razón los que me dicen eso. Che, se puso todo negro, parece que se va a largar otra vez.

—Sí, parece que sí.

—Qué tiempo de mierda. Está reloco el clima. Para colmo este país... Caen dos gotas y se inunda todo. ¿Che, así que cambiaron al ministro de Economía? Fue justo en los días que estuve inconsciente. Y otra cosa, ¿tenés idea de cómo salió Chicago el sábado pasado? Bah, no sé si te interesa el fútbol. Uy, mirá, se largó con todo. Soretes de punta. ¡Qué bárbaro! ¿Podrías cerrar la ventana? A ver si todavía entra un rayo y me la da otra vez. Te digo que ya nada me parece imposible. Che, te quedaste mudo. Dale, decime, ¿te gusta el fútbol? Che, ¿cómo me dijiste que te llamabas? Che. ¡Che! ¿Te quedaste dormido?

Electrofilia

Hice la primera instalación a los diez años: una extensión de tres tomas en la cocina de mi tío el Amado. Ese día, además, fue la primera vez que me agarró corriente.

Para trabajar habíamos cortado la luz. Después, cuando terminamos, la dimos de vuelta y entonces fui a mirar cómo había quedado todo. En una de las uniones descubrí un alambrecito naranja que asomaba. Supongo que estaba mal encintado. Lo miré un rato. Yo sabía que no tenía que tocarlo. El Amado ya me había dicho:

—Juan Diego, la electricidad es peligrosa.

Pero no pude aguantar la tentación. Qué lindo que es el cobre. Me encanta su color, su flexibilidad, su conductancia. Es mi metal favorito. Yo estaba seguro de que no iba a morir porque cuando empecé a trabajar aquel día recé y hablé con la electricidad. Ahora hago lo mismo. Creo que la electricidad tiene una especie de santidad, es como el alma del universo. Dios es electricidad. El amor es electricidad. Todo es electricidad. Parece una pavada lo que digo, pero para trabajar en esto te tenés que hacer amigo de ella y estar tranquilo y tenerle confianza. Porque se da cuenta, te huele el miedo como si fuera un perro.

Miré alrededor para ver si estaba solo. El Amado no aparecía. Acerqué la mano despacito y lo toqué. Fue la primera de muchas. Ah... La sensación es incomparable. El hormigueo te sube y te llena de vida. Primero te agarran los espasmos en los músculos. Se contrae todo como cuando tenés sexo y acabás. Pero esto es mucho mejor, porque te viene apenas arrancás. Después la sangre se vuelve loca y te da taquicardia. El corazón bombeando a todo lo que da es un espectáculo. No creo que haya otra cosa que te haga sentir el cuerpo como lo hace la electricidad.

Es maravilloso. Tengo la teoría de que los seres humanos trabajamos al treinta o cuarenta por ciento. Estamos llenos de zonas inexploradas, de partes no desarrolladas. Vamos por la vida como un autito que va regulando. Después, el hormigueo se convierte en temblor y entonces se siente el punto máximo. Uno se vuelve plástico, los límites físicos se pierden y entrás en contacto con los objetos que te rodean. Ahí te das cuenta de que todo es una sola y única cosa. Después viene la relajación y finalmente una especie de somnolencia llena de paz: empezás a transpirar frío y te baja la temperatura y el mundo se va apagando y sentís como si flotaras. Te quedás un rato así y en un momento preciso te desconectás. Esto último no lo sabe hacer cualquiera. Yo lo sé porque estoy entrenado, lo hice toda mi vida, pero hay gente que cree que sabe y no sabe nada. ¿Sabés la cantidad de personas que se quedaron pegadas?

En un punto, la electricidad es como el mar, un mar invisible. Tiene olas, canales, mareas que suben y bajan. El tipo que sabe, aprovecha la retracción de la ola, lo que llaman "el reflujo". Si tenés práctica, te das cuenta por los latidos del corazón. Cuando te electrocutás, la taquicardia es despareja, bombeás rápido pero con arritmia. Entonces, si uno sabe escuchar los latidos, se desconecta cuando la frecuencia lo permite, que es en los momentos de marea baja. Cuando el ampere es más chico, ahí te desconectás.

Me gusta electrocutarme entre una y dos veces por semana. Pronto voy a cumplir cincuenta años y la verdad es que me siento un pibe. Para festejar mi cumpleaños, voy a ir la fábrica de un amigo. Nos vamos a electrocutar un rato. Seguro va a estar bueno, porque ahí tienen fuerza motriz, circuitos trifásicos de 380 voltios.

Microgotas de Flügge

Y llegó el otoño.

Como "la maldita primavera", dicen que es la estación más hermosa -moderada en grados y estética en colores; perfecta para la nostalgia porteña-, pero yo siempre la sufro. Las hojitas que caen de los árboles -ilustración clásica de los manuales de primaria- activan la rinitis alérgica que padecí toda la vida y no hay rollo de cocina que alcance. Cuando voy al súper, veo que los demás cargan alimentos y yo, en cambio, papel y más papel. ¡Acá llega el loco de las servilletas!

El chino debe mirarme con ojos acusadores porque le vacío la góndola, aunque no puedo estar seguro, ya que usa todo el tiempo su máscara de soldador. Esto me dio risa al principio, ahora ya me acostumbré y fantaseé con *El Eternauta* y por eso lo respeto. Afuera, acunándose en el aire quieto, en vez de copos flotan los coronavirus; como aquellos, también emanan una tenue luz de trasmundo.

Lo que recuerdo es el taller del colegio industrial. Me iba tan mal en Soldadura. No podía controlar el temblor de la mano y siempre pegaba los electrodos al hierro. Otra pesadilla era Ajuste, la materia más monótona del mundo. También, con ese nombre... Consistía en limar todo el cuatrimestre un acerito. ¡Incardona! ¿Quién le enseñó a limar a usted? Tome -y me daba el escobillón-, ahora me barre toda la sección.

Por eso siempre nos rateábamos con Pity; no nos bancábamos ni la disciplina ni el encierro. Cuando sonaba el timbre del primer recreo, con el presente puesto, agarrábamos nuestros útiles y encarábamos hacia el paredón de atrás de la escuela. La primera vez que nos escapamos, él se cortó la mano con un vidrio y después anduvimos de acá para allá por el barrio Piedrabuena buscando una

canilla para que se enjuagara. Bien podría ser un cuento de Borges; su protagonista, el Pity Álvarez, cuchillero fugitivo y payador, intentaba escapar de su destino. En esa mano, -premonitoria- la sangre; en aquellos monoblocks, -predestinado- el laberinto.

¿Pero cómo ratearse ahora si afuera cae la nevada mortal?

En las calles, los taxis transportan fantasmas; las ambulancias, nuevos pacientes; los patrulleros, violadores de cuarentena. Por todas partes se escuchan toses, canciones de cuna para los virusitos bebés. Al fondo del PH de la calle San Luis, yo me estoy volviendo cada vez más paranoico. Me lavo las manos cincuenta veces por día y me tomo la temperatura pensando que tengo fiebre.

Pero yo no sé si el termómetro está fallado o qué. Ayer tenía escalofríos y me dolía mucho la cabeza. Ya está, pensé, cobré para todo el viaje: me agarré corona. Recé un padrenuestro y un ave maría sin mucha fe, esperando ver el 38, el 39, pero, para mi sorpresa, el termómetro marcaba 35,8. ¡No puede ser! Me la tomé de nuevo: 35,6. ¡Me estás jodiendo! Me la tomé de nuevo: 35,4. ¡Es el termómetro congelador de gente!

En 1515, Galileo inventó un instrumento anterior llamado termoscopio y, en el comienzo del siglo dieciocho, un tal Daniel Gabriel Fahrenheit, el termómetro de mercurio, que ahora dejó de usarse en un montón de países -incluso en Argentina- porque contamina el medioambiente. Esto último me lo cuenta Héctor, el farmacéutico de la vuelta de casa, a quien le vine a consultar por los valores extraños que leo en el termómetro.

Me dice que no me preocupe, que a la noche la temperatura corporal cae uno o dos grados. Mucho no me convence y yo sigo haciéndole preguntas. Como no hay nadie, nos ponemos a charlar un rato. Él permanece en el mostrador y yo, por las dudas, me paro casi al lado de la puerta, ¡como a cinco metros! Me aclara algunas dudas y empezamos a hacer chistes y a especular que quizás el gobierno ordenó vender una partida fallada para que la gente hipocondríaca como yo no hinchara a cada rato al 107. Buena idea: ¡termómetros placebos contra el estallido social!

Justo entra una señora con una bolsa de nylon en la cabeza y el farmacéutico me corta por lo sano, bueno, muchacho, tengo que trabajar, cuídese y lávese bien las manos al llegar. Sí, señor Héctor -le agradezco-, eso haré, quédese tranquilo; cuando llegue a mi casa, me desvestiré y pondré los pantalones y la remera en el lavarropas, me sacaré las zapatillas y limpiaré cada suela con lavandina, después me lavaré con agua y jabón los antebrazos, las muñecas, las palmas, cada dedo bien frotado, especialmente los pulgares, ¡y las uñas!, cantaré tres veces el feliz cumpleaños y dos veces la marcha peronista, y después me pondré ropa nueva y desinfectaré celular, termómetro, computadora, controles remotos, muebles, picaportes, vajilla, cubiertos y todo lo que pueda con alcohol al setenta por ciento.

Camino por Jean Jaures. El barbijo se corre a cada rato pero, como no me quiero tocar con las manos, trato de acomodarlo arrugando la cara y haciendo gestos ridículos. Tengo miedo de que mi actitud resulte misteriosa y que el policía de la esquina me pida el documento. El tema es que nunca hice cambio de domicilio. Él puede suponer que me alejé un montón de mi casa y que estoy rompiendo la cuarentena. A ver si todavía me cobra una multa. ¿Y si me quiere llevar detenido? ¿A dónde me llevarían? ¿A Tecnópolis? Me río solo y justo cruzo delante del agente. Por suerte ni me mira, y además me acuerdo de que en el bolsillo también tengo la boleta del cable, que es la única a mi nombre donde aparece la calle San Luis. ¿Me servirá como comprobante? Giro la llave de la puerta de calle y entro rápido.

Se hace de noche.

Ahora subo por la escalera del fondo y salgo a la terraza en busca de la ropa colgada de los vecinos. Reviso bolsillos de pantalones y camisas y me llevo todo lo que encuentro. Un billete mojado y una moneda de veinticinco, caramelos, migas de pan, un DNI; en definitiva, objetos maravillosos para mi tesoro inútil, porque lo que necesito no aparece entre las prendas, se habrá derretido en la cuarentena igual que las personas.

En el techo más bajo, barbijos de colores, agarrados con broches a una soga, gotean virusitos bebés mezclados con jabón en polvo. Bien podría ser el decorado de una fiesta de cumpleaños.

En el techo más alto, un vestido de novia, agitado por el viento, se enrosca como una víbora en la soga y gotea manchas derramadas de aquel vals; escurre su matrimonio como un río hasta mis piernas -que jamás caminarán hasta el altar- el dulce de los postres convertido en agua negra.

PARTE II
Los buscas

Ana, Natalia, Ana, Natalia

Leí en algún lado que *Don Quijote* de Cervantes, *Los viajes* de Marco Polo, *El Príncipe*, de Maquiavelo, *Los cantos*, de Ezra Pound, entre muchos otros libros, fueron escritos por sus autores en cautiverio. Este antecedente de la literatura podría ser alentador para un escritor medio bloqueado como yo que, de pronto, se encuentra encerrado -igual que media humanidad-, salvo, por supuesto, para ir a comprarle algo al chino con máscara de soldador o al farmacéutico de los termómetros enfriadores.

¡Pero en la época de Cervantes no había series!

Tampoco películas, noticieros, documentales, Internet, WhatsApp, redes sociales. ¡Y Marco Polo no jugaba al Age of Empires II! Lo tengo que decir: qué siglo difícil para ser escritor.

Incluso antes de la cuarentena, cuando volvía del trabajo, no tenía ganas de hacer nada, solo comer algo, prender la tele o la compu y después irme a dormir.

-¡Dale, no te quejes! -salta la pelota Wilson en el escritorio-. Ellos tampoco tenían antibióticos, teléfonos y todos los adelantos tecnológicos y avances científicos de hoy. ¡Hacete un té saborizado, pequeño burgués!

-¿Qué? ¿Por qué no te vas a la mierda, Wilson? Me tratás de pequebús, ¡yo soy del Conurbano!

-Jajaja -se tira del escritorio y empieza a picar solo en el parqué.

Wilson se burla de mí porque hace como tres años que vivo en el barrio del Abasto -Balvanera-, en esta casa bastante bonita, aunque sin mucho aire ni luz, que en realidad no me pertenece, sino que es propiedad de mi novia Catalina la chiquita, que me abandonó y me dejó hecho un trapiiitooo -llora el personaje más triste del mundo, dibujito argentino-, para irse a su ciudad más amada: Berlín. Es decir, de novio me convertí en inquilino.

–¡Locatario crónico! ¡Monotributista serial! ¡Changarín cultural! –pelota Wilson me las recuerda todas.

A mi novia la bauticé Catalina la chiquita porque es toda rubia y al lado mío parece de la nobleza. Ella es hermosa y muy buena, pero siempre critica y, cuando se enoja, se convierte en la Reina de Corazones de *Alicia en el país de las maravillas*: ¡Que a Juan Diego le corten la cabeza!

En enero –una vez más–, decidió romper conmigo –una separación extraña, ya que vivimos en distintos países–; entonces yo, como en mi mejor época de vendedor ambulante, apelé a la fuerza del lenguaje y empecé a mandarle audios y a dar en cada videollamada discursos llenos de metáforas, que nos dieron a los dos mucha risa, mucho llanto, retelenovela. De algún modo, a fuerza de adjetivos, la reconquisté. Ella dice que soy el orador del amor, que no puede resistirse a mis discursos de peronismo romántico; así que estamos juntos de nuevo, a once mil novecientos kilómetros de distancia.

Parece que, en Berlín, como ahora están prohibidas las marchas, la gente protesta con sábanas blancas colgadas en los balcones. Uno escucha que en Alemania no tienen problemas, pero allá siempre se están manifestando por algo. ¡La queja es una conducta universal! Ella es periodista y escribió en una nota que "hay quienes siguen insistiendo en hablar de cosas que no sean la enfermedad. Los lemas de estos días: '#LeaveNoOneBehind' y 'Las fronteras matan como el corona'". Cuenta también que los nuevos grafitis de Hermannstrasse tienen como motivo recurrente el papel higiénico, porque hay desabastecimiento. ¡Uh! Si a eso le sumamos que los alemanes no usan bidet, la verdad no me quiero imaginar más detalles.

Desde que empezó la cuarentena, ella está muy pendiente y manda mensajes a cada rato; me da todos los gustos posibles de la virtualidad y me demuestra como nunca su cariño a través de emoticones y corazoncitos –acá al lado Wilson se ríe–, *gif* animados, besos, fotos de los parques o el cielo de Berlín. Su verdadero nombre es Natalia y este dato es pertinente, al menos para mí, ya que continúa mi círculo vicioso y misterioso. En la vida tuve cuatro novias: Ana, Natalia, Ana, Natalia. Distintas Anas y distintas Natalias. Catalina la chiquita vendría a ser Natalia 2.

-Loco, ¡cómo te gusta repetirte! -dice Wilson.

¡Aaaaaa chú! Estornudo y, aunque estoy solo en casa, me tapo con el codo.

-Salud -me digo yo mismo, porque ahora Wilson guarda silencio.

Vendedor ambulante

Cuando el primer cordón industrial se transformó en un cementerio de fábricas, yo me recibí de técnico mecánico. Debajo de los puentes y los árboles se ahorcaban los vecinos de la generación anterior. En las ruinas encontramos, sin embargo, una época de oro: nuestra juventud. Villa Celina, Villa Lugano, Villa Madero, Villa Insuperable y todas las *villas* del sudoeste se habían convertido en un escenario postapocalíptico, destruido y hermoso, donde Tanguito ya no tocaba en el baño de un bar sino tirado en una esquina con todos nosotros, guitarras criollas y armónicas, las primeras canciones del rock barrial.

Pero tuvimos que crecer y salir a buscar trabajo. Cruzando la General Paz, las distancias avanzarían, más que cuadras, años, y entonces nos veríamos como cadetes de saco y corbata, o manejando taxis y colectivos en el centro, o vendiendo en las mesas de los bares, cruzándonos de vez en cuando, buscando en nuestras caras viejas las caras infantiles que sobrevivirían en los flequillos rectos que, pese a todo, conservaríamos hasta la muerte, por si acaso tuviéramos que levantarnos de las tumbas, zombies o sonámbulos, cualquier noche, cuando ya no existiese el barrio ni el país, para subir otra vez al tanque de Olavarría y Martín Ugarte, la última edificación en pie de la Argentina, donde tocaríamos canciones fúnebres, a veces lentas como el blues, a veces rápidas como el rock and roll.

Año 1991. En la calle brillaba la espera. El horizonte se alargaba como un diapasón hasta la boca de una enorme guitarra, un gigantesco agujero negro en cuya atmósfera vibraban solamente cuerdas graves. A ese abismo nos arrojamos los espíritus adolescentes.

Después de tanto ir y venir, pude conseguir mi primer trabajo, en un taller de motores eléctricos sobre la Avenida Riestra, en Lugano. Duré poco, porque el patrón no me pagaba y además me hacía barrer todo el día. Yo quería aprender a bobinar pero pasaban las semanas y mi único contacto con el cobre era de vez en cuando y mediante un pincel con el que pintaba las piezas ya terminadas de barniz aislante que sacaba de una lata de dulce de membrillo.

Una mañana, en la parada frente al edificio 1, dejé pasar el 86 y retrocedí hasta el kiosco para comprarme el diario. Entonces, empezaría a viajar a San Martín, Lomas del Mirador y Mataderos, siguiendo durante cuatro años distintos avisos de los clasificados, a lugares cuyas veredas, tapadas de colas de gente, se abrían entre baldosas flojas para tragarnos a todos. La mayoría eran trabajos de mala muerte, en negro y a comisión, para vender o volantear. A veces intentaba con alguno, pero tarde o temprano abandonaba, con los bolsillos llenos del mismo aire con el que había comenzado.

En 1994, entré en la Facultad de Ciencias Sociales para estudiar una carrera que se había puesto de moda: Ciencias de la Comunicación. Paradójicamente, se vislumbraba más salida laboral en ese tipo de carreras que en los oficios prácticos, de torneros, freseros, matriceros, que la mayor parte de mis vecinos de Villa Celina habían tomado como medios de vida. Pero las fábricas se cerraban compulsivamente; incluso mi viejo, tornero con más de treinta años de experiencia, había sido despedido. Yo estaba preocupado por él, porque en esos días un vecino se había matado después de recibir el telegrama; y se hablaba de una ola de suicidios.

Una tarde-noche, mientras subía por la escalera de Marcelo T., única sede de Sociales en ese momento, entre cientos de alumnos que se apretujaban para llegar a sus teóricos o prácticos, encontraría un largo noviazgo y una nueva forma de ganarme la vida.

Junto a Ana forjamos nuestra empresa de supervivencia: artesanía y venta ambulante. Aprendimos a trabajar con alambre de alpaca, a soldar con plata y a engarzar piedras. Además,

hacíamos colgantes y decorábamos biromes con parsec. La verdad, mis primeras creaciones eran ¡horribles!

Así, a los veintitrés años, conocí Plaza Francia. Al principio estaba aterrorizado. Las potenciales clientas me parecían todas hermosas. Ellas bajaban de sus departamentos al verde césped con el mate para charlar de sus cosas, quizás estudiar o ver alguno de los espectáculos callejeros –circo, teatro, magos, estatuas vivientes– que en esos días se multiplicaban por Buenos Aires, ya que los jóvenes que no emigraban del país encontraban así una forma rápida de juntar dinero. Cuando salía a vender, muchas veces descubría que la persona a quien le ofrecía mis productos también estaba vendiendo otra cosa.

Mis primeros intentos fueron previsibles y, por supuesto, fracasos. Como buen *amateur*, me limitaba a preguntar, cajita en mano y sin mirar a los ojos: "¿Quieren ver anillos?", "¿Quieren ver colgantes?" La respuesta era siempre la misma: "No, gracias". Me sentía frustrado. Pero no me quedaba otra que seguir insistiendo. Y en ese ir y venir frente a caras desconocidas, mi discurso se fue modificando. Lentamente, la vergüenza le dio lugar a una especie de cinismo, que me hizo más atorrante y divertido. En aquellos días fabriqué mis anillos, mis aros, mis tobilleras más importantes: las frases vendedoras; las muletillas que cualquier vendedor ambulante que se precie de serlo debe llevar consigo para apoyar su lenguaje.

"¿Querés deleitar tus ojos con unos objetos maravillosos?". "¿Querés ver los mejores anillos?". "Dale, no reprimas tus deseos". "Ellos están ansiosos por abrazar a tus dedos". "No hay adjetivos para describir lo bien que te quedan. Pero, cuidado, porque tienen inmensos poderes afrodisíacos y te pueden sacar de tus cabales". "Este, por ejemplo, se llama 'Eleva tu *glamour* hasta las nubes'; este otro 'Osadía nocturna' –te va a dar arranques de osadía insólitos–; y estos son 'Brillitos embriagadores' –emborrachan las pupilas de solo verlos–, 'Efecto vampírico' –los maxilares se incrustarán en tu cuello–, '¡Qué paquetería!' –es un canto a la delicadeza–, 'El péndulo de la lujuria' –te va a dar grandes satisfacciones–. ¿Qué me decís? ¿Que te lo llevás? ¡Marche un 'Osadía nocturna' para vos! Son cinco pesos, ¿tenés cambio? Buenísimo. ¡Bienvenida al éxito!".

A fuerza de adjetivos, pude pagar la luz, el gas y el teléfono durante varios años. Salir a vender era un motivo de alegría. La mercadería fue mejorando y ahora ni siquiera tenía que remarla tanto, porque las clientas me llamaban. "Después mostrame a mí", decían en voz alta para que las demás escucharan; y yo, animado, confeccionaba listas de espera en la cabeza: "Termino con la rubia y voy a las dos chicas de abajo del árbol, después a las cuatro que están en el cantero, después a la parejita". Tres pesos acá, cinco pesos allá, dos pesos que me encontraba. Les vendía a todas y me salían todas. Los domingos a la tarde era el rey de la ciudad. Al terminar, nos juntábamos con Ana para contar: ochenta, noventa, cien pesos, de nuevo habíamos amasado grandes fortunas.

Pero no fue todo color rosa. Igual que el país, tuve mi hecatombe alrededor del año 2001. A esta altura, ya vivía con Ana en Haedo, pero la convivencia era complicada. La magia de nuestros viajes por el país y de nuestras aventuras urbanas había sido aplastada por la rutina doméstica. Nos terminamos separando, y me fui a vivir solo a Boedo. Un par de años después, ella se fue a España; y yo me quedé más solo todavía, buscando clientas ya no tanto en las plazas sino en los bares de Palermo. Estaba cansado; las frases vendedoras salían emitidas de la boca de un robot. El "No, gracias" era constante, dijera lo que dijera. Además, nadie tenía un peso en el bolsillo.

En mis últimos tiempos de venta andaba muy desconcentrado. Como si ya no me importara, más allá de que realmente necesitaba vender para pagar mis gastos. Supongo que estaba deprimido. Mientras decía "anillo", recordaba algo de la infancia; mientras decía "diez pesos", pensaba en otro tema para un cuento. Lentamente, mi energía vital cambiaba de rumbo y la literatura, esa otra clienta de la venta ambulante, quería comprarme todo: experiencia, información, emoción.

En 2008 dejé la venta. Ese año me pasó algo importante. Publiqué *Villa Celina*. Me pagaron un adelanto con el que apenas pude vivir un mes y, si tenemos en cuenta que escribirlo me había llevado más de un año, las cuentas no cerraban. Pero ya no había vuelta atrás, porque había encontrado mi verdadera

vocación. Después publiqué otros libros y de a poco empecé a vivir de la literatura: dando talleres, visitando colegios, escribiendo colaboraciones y otras changas.

No me puedo acordar cuándo fue, concretamente, la última vez que salí a ofrecer "objetos maravillosos". Me acuerdo del primer día, pero no del último. En el medio, catorce años. Ahora, con un poco de nostalgia, abro el placard y busco los muestrarios. Todavía los conservo porque nunca se sabe; pienso que, si en algún momento me quedo sin trabajo y vuelve la malaria, allí están, listos para salir de nuevo a la calle. Mientras tanto, descansan debajo de la ropa, protegidos por una gran bolsa de nylon que no logra impedir, sin embargo, que las viejas humedades de lluvia en Recoleta o Parque Centenario sigan su curso y dibujen manchas sobre la madera y la goma espuma. Miro los colgantes, los aritos, las pulseras. A los "objetos" se les están saliendo las piedras. Entre ellos quedaron pastitos enredados y muchas huellas digitales invisibles, de tantas clientas que, quisiera imaginar, aún guardan en sus casas aquellos mejores aros y anillos del mundo que supe vender.

Autobiografía engarzada en diez eslabones de alpaca

1. Epígrafes

De Santiago Llach:

"Escala emotiva del rock nacional de los setenta: sujeto social de las rutas argentinas que nos esperan ahí".

De Pedro Mairal:

"Como un superhéroe cosiendo por primera vez su traje".

"Canta 'Mañanas campestres' sobre el techo de los vagones que van al sur. Abajo, en el vagón, Juan Dalhman dormita con *Las mil y una noches* cerrado sobre sus rodillas. Se van al sur. La industria, el hipismo rollinga, las letras".

2. Gremio

La relación entre los vendedores ambulantes era de pocas palabras. Nos saludábamos al pasar entre las mesas y, como quien comentaba el clima, decíamos algo sobre el estado comercial de la noche. "Poca gente". "Nadie quiere ver". "Y... estamos a fin de mes". Al despedirnos, sin embargo, una frase alentadora se repetía: "Todavía es temprano".

3. Definición

a. Colgantes de parsec, gargantillas, anillos y aros hechos de alpaca, cobre o bronce, soldados con varillas de plata al veinte por ciento.

b. Muletillas, frases que, dichas en el momento indicado, estimulan a la clientela compulsiva: "Eleva tu *glamour* hasta las nubes". "Osadía nocturna". "Rojo como la boca de aquella tarde". "¡Qué paquetería!". "La gota que rebalsa el vaso de tus encantos". "Azul, como el mar, azul". "Gusto de vos", etcétera.

4. La primera vez

Me acerqué tímido, con las cajas en la mano, a un grupo de chicas que tomaban mate sentadas en el pasto de Plaza Francia. Para mis ojos conurbanos de entonces, todas eran "conchetas", esa palabra que los pibes usábamos de distintas maneras, para hablar de los que tenían plata o para referirnos a quienes escuchaban cierto tipo de música. Dije hola. Las chicas contestaron hola. ¡Me dirigían la palabra! Estaba aterrorizado. Pero la fuerza del lenguaje estaba en mí, así que me apoyé en alguna muletilla, vaya a saber en cuál. Las chicas me miraban. Un ejército de ojos. Para ellas, era un artesano más, como tantos que vendían en los puestos. No era tan raro. Pero yo me sentía bicho de otro pozo. Era la primera vez que vendía. Qué vergüenza. Las chicas se reían y yo tomaba confianza. De pronto, por su cuenta, mi boca pronunció: "Tienen poderes afrodisíacos". Entonces, como por arte de magia, se convirtieron en clientas. Cuando la tarde cayó, me junté con Ana y contamos la plata. Me acuerdo como si fuera hoy: setenta y ocho pesos. No lo podía creer: era rico.

5. Los nombres

Los primeros objetos eran de parsec, esa masilla que muchos habrán visto en forma de duendes o portaencendedores. Lo mío eran los colgantes y la decoración de biromes.

Imaginaba un personaje. Amasaba su cuerpo. Lo pintaba con tinta para cuero (la anilina nunca me dio buenos resultados). Después lo patinaba con alcohol (técnica propia). Le ponía un gancho, un cordón y lo convertía en un colgante afrodisíaco.

Tenía inclinación por los colgantes exóticos. Aún conservo personajes simpáticos y muy queridos, como "el hombre plancha", "el ladrón", "el pescado rabioso", "el indio tuerto", "cara comercial", "la mujer desenfrenada", "los siameses diabólicos", etcétera. Quería tanto a esos personajes que, recuerdo, si un cliente me caía mal, no se lo vendiá. Le decía que no era digno de él.

Sin duda, mi personaje más logrado, mi creación genial fue "el hombre riñón". Como todos los grandes inventos, también "el hombre..." fue resultado de un accidente:

Estaba amasando a "el ladrón" y me llamaron por teléfono. No me acuerdo quién, pero la charla duró un buen rato. Cuando volví a la mesa de trabajo, descubrí que la cara, que había dejado sobre el borde de la mesa, se había estirado por acción de la gravedad. Entonces ocurrió. Le di un par de vueltas a la larga mejilla y le arrugué la expresión. Después, lo pinté con colores tierra y amarillo, y, para rematarlo, le escribí, con un alfiler, en la parte donde estaría la boca: "Hombre Riñón".

Fue un éxito de ventas.

6. "Los artistas"

—¿Quieren ver los mejores anillos?

—No, gracias, somos artistas.

O también:

—¿Quieren ver los mejores anillos?

—Sí, por supuesto, somos artistas.

7. Industria nacional

Dos chicas extranjeras, una alemana, la otra norteamericana, en Acabar, Honduras y Bonpland.

—*Hi!* –me mandé– *Do you want to see wonderful objects?*

—*What?*

—*Anxious rings to embrace your fingers...*

—No, no, kraciassss.

—*Wait!!*

—No, no, kraciassss.

8. Pastorcita perdida

Sonaban las canciones de Atahualpa Yupanqui. Agarré la pinza rosario, la chata y el alicate. Corté un pedazo de alambre de alpaca 1,25. Recordé las rejas de las casas. Hice firuletes chiquitos, que llamaba "minipartes". Los acomodé sobre el ladrillo refractario hasta formar un dibujo. Una vez presentado el rompecabezas, mojé el pincel en el frasco con fundente. Pacientemente, puse una gota en cada unión. Pensaba cosas. Abrí la garrafa y encendí el soplete de mi soldadora. En la mano izquierda, el alambre de plata; en la derecha,

firme el soplete. Empecé a soldar. La plata se deshizo en las gotas de fundente. Tomé la gargantilla, quemada por el fuego, y la metí con la brusela en el frasco con ácido nítrico. Poco a poco se fue limpiando; se descascaraba la negrura. La saqué y la enjuagué con agua. Prendí la pulidora. Acerqué la pieza y la di vuelta y vuelta contra uno de los trapos untados con brillametal. Después agarré el alambre 0,6. Hice eslabones "gotita" y los enganché al cuerpo 1,25. Le puse piedras de escaya. Las que más me gustaban: amatistas y granates. Agregué más eslabones: "gotas", "S" y "resortes", hasta formar una cadenita. Hice un gancho "macho" y uno "hembra". La gargantilla quedó terminada. La llamé "Romances intempestivos".

Pasaron algunas horas.

Tomé el Sarmiento y después el 41. Entré a Plaza Francia. Saqué las cajas de la mochila y me acerqué a un grupo de chicas:

—¿Quieren ver objetos maravillosos?

—Sí –me contestaron–, si son maravillosos.

Una morocha se probó la gargantilla. Se miró en el espejito.

—Se llama "Romances intempestivos".

—Qué linda que es. ¿Cuánto cuesta?

—Cinco pesos.

—Bueno, me la llevo.

—Bienvenida al éxito.

Pasaron algunos años.

Caminaba por Callao. Atardecía. A la altura de la calle Perón me crucé con una chica. Su cuello me llamó la atención. Miré bien. Ante mis ojos pasó, fugaz, la imagen de una de mis gargantillas. Había perdido brillo, pero cómo no reconocerla. Miré hipnotizado lo que quedaba de ella. El instante se alargaba. Oscurecía. Y la chica pasaba. Se alejaba. Yo estaba parado en plena calle. La seguía mirando. El semáforo estaba en verde. Los coches me tocaban bocina. Subí a la vereda. La vieja clienta se iba. Tuve la impresión de que la ciudad se achicaba y se agrandaba, cada vez más rápido, a la par de mis latidos. La gargantilla desaparecía. Cuando la hice, yo vivía en otra casa, tenía otra novia, estaba escuchando música, llevaba el pelo más largo, pensaba cosas que no recordaba. Ahora, *la noche quemaba su fuego en la luz, abajo besaba su cuerpo al partir, con un dejo de negro en su adiós, sin voz, sin Dios, sola con tu nombre, pastorcita,*

apretada al cuello de la figura que se achicaba, progresivamente, en el horizonte de la calle, hacia el río.

9. Mercadería

El sueño del vendedor ambulante era una paradoja: llevar algo que no te quisieran comprar. Una vez, por ejemplo, hice un collar de mierda, hecho con bosta de caballo y pegamento, y lo llevé a Plaza Francia, desafiando al sistema. Dije la verdad: este es un collar de mierda. Una tarde alguien dijo: "Esto es genial, chabón, ¡es arte conceptual!". Y también me lo compró.

10. La barrera

Tengo un amigo que es un héroe.
Entre todos, casi sin saberlo, como un acuerdo tácito,
vivimos para contarla.
Marina Kogan (Lolamaar, noviembre 03, 2006)

Me tomé el 39 cartel rojo en Corrientes y Libertad. El coche iba bastante lleno, pero yo fui sentado, en un asiento de atrás. Una vez en Palermo, bordeamos Plaza Serrano y enfilamos por Honduras para el lado de Juan B. Justo.

Media cuadra antes de llegar a la vía quedamos embotellados por el tráfico. Pasaron varios minutos. Nada se movía y la gente empezó a rezongar.

De repente, el chofer dijo:

—¡A ver un muchacho por favor si se puede bajar a levantar la barrera, que está trabada!

Nadie respondía. El clima se puso tenso. Afuera se oían bocinazos.

Me puse de pie y dije:

—Bueno, voy yo. Abrime la puerta de atrás.

Agarré la mochila, repleta de anillos, me la puse y bajé. Los pasajeros seguían mi excursión con expectativa, mirando a través de las ventanillas.

Caminé entre los autos y finalmente llegué a la barrera, que era un poco más pesada y larga que lo habitual porque en esa parte la calle es más ancha y solo hay barrera de un lado.

Miré para los dos lados y comprobé que el tren no venía. Levanté un poco la barrera y enseguida los autos empezaron a pasar, acelerando frenéticos.

El colectivo se acercaba y entonces tuve que subirla más para que la madera no pegara contra el techo. Por suerte, cruzó sin problemas.

Atrás del 39 venían un montón de autos. Todos querían pasar, así que tuve que quedarme con la barrera levantada. Cada tanto, espiaba si venía el tren, ya que ahora me había convertido en el responsable de la vida de tantos automovilistas.

Después de un rato, como la fila era interminable, decidí bajar la barrera. Los autos se detuvieron inmediatamente. Supongo que habrán pensado que venía el tren.

Me acerqué a los primeros y les dije que la barrera estaba rota, pero que yo me tenía que ir a vender, que alguno se bajara y tomara la posta.

Unos metros adelante, el colectivo había frenado y se mantenía junto al cordón, porque me estaban esperando. No lo podía creer. Corrí y subí por la puerta de atrás.

Al llegar, algunos me felicitaron y hasta hubo un par de aplausos, pero descubrí que la mayoría estaba discutiendo. Según me contaron los pibes del fondo, unos pasajeros se habían quejado por el tiempo perdido y le pidieron al chofer que siguiera, que este viaje era eterno y que cómo podía ser, pero él, apoyado por otras personas, se negó rotundamente. Parece que les dijo:

—Me voy a quedar acá todo el tiempo que sea necesario, hasta que vuelva el muchacho, que gracias a él pudimos pasar la barrera.

Unas cuadras después me bajé. El chofer me repetía:

—Gracias, gracias, muchacho.

Ese señor me habrá dado suerte, porque después, cuando fui a ofrecer objetos maravillosos a los bares, amasé grandes fortunas vendiendo anillos a diestra y siniestra.

La música rota

Si la tierra es un ser vivo
y tiene pulmones que por mil respiraderos exhalan fuego,
puede cambiar sus conductos de respiración
y, cada vez que se mueva, cerrar unas cavernas y abrir otras.
Ovidio, *Las metamorfosis*, Libro XV

La unión (1994, 1995)

1

Un día invernal a mediados de los noventa, mientras subía despacio, detrás de una larga fila de estudiantes, por la angosta escalera de la Facultad de Ciencias Sociales, sentí que un rayo fulminante caía sobre mí. La chica más hermosa que jamás había visto me clavaba sus enormes ojos verdes y, mientras bajaba, me hacía, al pasar, una mueca graciosa en la cara. Quedé completamente aturdido. Permanecí un rato paralizado en medio de la escalera y quizás perdí la facultad del habla, porque no le pude decir ni hola. La gente me pedía que por favor avanzara. Yo no podía dejar de mirarla. Ella siguió bajando y, en un momento, antes de desaparecer por la curva del primer piso, se dio vuelta para dedicarme una sonrisa. Algunos se dieron cuenta del flechazo y se empezaron a reír. Cuando recuperé la movilidad, seguí camino hasta mi aula, sin poder pensar en otra cosa que no fuera ella. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿La vería de nuevo?

2

Durante dos semanas la busqué y la busqué por las aulas, espiaba cada clase, pero no podía encontrarla. Una noche, finalmente, la crucé en una asamblea donde se discutía el censo estudiantil que querían hacer aquel año 1994; porque decían que después

del censo, venía el arancel. Yo dije que nos fuéramos a vivir todos a una carpa en Congreso, como después hicieron los maestros. Mis compañeros se rieron. Me acerqué a ella. Hola, me llamo Juan Diego, soy aquel chico de la escalera. Ya sé, me contestó, mientras se acomodaba una especie de sombrero de *cowboy*, yo soy Ana. A los costados caían sus pelos castaños, larguísimos. La cara me parecía increíble: tez cobriza, nariz chiquita medio levantada –nariz de chanchito, bromearíamos con el tiempo–, y los ojos, esos ojos verdes descomunales.

3

Un día de mayo, cantamos zambas en Plaza Houssay y nos dimos el primer beso en la parada del 95. Nos pasamos los números de teléfono. Ella me dio el suyo escrito en dos cartoncitos de chicles Adams. En un cartoncito la característica y, en el otro, el resto del número. Cada vez que la llamaba, tenía que unir las partes. Y la llamé varias veces, pero nunca estaba. ¡Y así pasaron cinco meses! En la facultad tampoco la volví a cruzar. Resignado, pensaba que aquella historia se había terminado antes de empezar. Pero en la primavera, sorpresivamente, me llamó. ¿Hola, está Juan Diego? Sí, ¿quién es? Soy Ana. ¿Qué Ana? Dije, y nos reímos. Hablamos nerviosamente un minuto veinte segundos, lo suficiente como para acordar una cita en Parque Chacabuco el sábado siguiente a las cuatro de la tarde. Llegué veinte minutos antes y ella no apareció durante dos horas. La esperé y la esperé, pero no aparecía. Yo rezaba para que viniera. Desilusionado, a las seis y cuarto de la tarde paré un colectivo 56 para volverme a Celina, y justo cuando estaba subiendo la escalerita, la vi que venía caminando, del lado de Estrella Milagrosa. Después me confesó que tardó tanto porque estaba tan nerviosa que se descompuso. Ese día nos quedamos charlando en el parque hasta las cuatro de la mañana. Al despedirnos, me dio un beso en la boca. Era el segundo beso en cinco meses. A cuentagotas, dijimos. El sábado siguiente nos vimos en el mismo lugar. Esta vez llegó en punto. Otra vez nos quedamos hasta tarde. Estábamos sentados en la escalera del subte cerrado, estación Emilio Mitre, cuando aparecieron dos policías. Documentos, nos pidieron. Un policía le dictaba al otro. Nombre, nacionalidad, fecha de nacimiento... Entonces supimos

nuestras edades, porque todavía no nos lo habíamos contado. El policía dijo: ella, veinte años; él, veintitrés. Finalmente, nos dejaron ir y nos dijeron que nos fuéramos a nuestras casas. La acompañé hasta la parada de su colectivo y nos dimos el tercer beso. A cuentagotas, dijimos.

4

A la semana siguiente nos fuimos a pasar el día a Luján. Fue una tarde hermosa cerca del río. Le pregunté si quería irse conmigo al sur de mochileros en el verano, que podíamos bajar hasta Ushuaia por el lado de la costa y después emprender la vuelta por la cordillera, un viaje de dos o tres meses. Me dijo que sí, que iba a renunciar al trabajo y que podíamos vivir vendiendo artesanías. Ella sabía hacer algunas cosas. Planeamos llevar una carpa y dormir en parques nacionales o en cualquier parte, incluso en la calle. El mismo 1 de enero nos tomaríamos un tren desde Constitución a Bahía Blanca y, desde allí, dedo. En esa primavera empezamos a vender objetos maravillosos en Plaza Francia para juntar plata. Empezamos a caminar de la mano. Recién en noviembre tuvimos sexo por primera vez. A cuentagotas. Fue una noche en mi pieza de Villa Celina. Tratamos de no hacer ruido, para que mi familia no escuchara. Nos encerramos con llave y pusimos fuerte un disco de Pescado Rabioso: *Artaud*. Nos volvimos locos. A partir de esa noche, empezamos a tener sexo compulsivamente en todos lados. Los dos vivíamos con nuestras familias y por eso se complicaba. Así que muchas veces nos íbamos a las plazas, de noche, especialmente a la Biblioteca Nacional, a ocultarnos detrás de los árboles donde años atrás había muerto Evita. Nunca fuimos a un hotel, quizás porque teníamos poca plata y porque estábamos ahorrando para el sur.

5

Salimos de Constitución el 1 de enero de 1995 hacia Bahía Blanca. Llevamos carpa, bolsas de dormir, guitarra, alambre y piedritas para hacer aros, anillos y tobilleras para vender. En la rotonda "El cholo" conseguimos que un camionero nos llevara hasta Puerto Madryn. Era un camión con acoplado que llevaba en su caja abierta

grandes bobinas con cables. Nos subimos a la caja y tocamos la guitarra y cantamos casi todo el camino. A media tarde, tuvimos sexo a cielo abierto sobre la caja. Los automovilistas, al pasar, tocaban las bocinas.

6

En Península Valdés dormimos en la arena y nos hicimos varios amigos en los fogones nocturnos. En Puerto Madryn pasamos dos o tres noches detrás de la YPF que estaba sobre la ruta. Tuvimos que atar la carpa a un alambrado, porque el viento era impresionante. En Caleta Olivia todo el suelo era de piedras y, como no conseguimos ningún hospedaje, armamos la carpa en una esquina. Los vecinos nos convidaron sopa. En Comandante Piedrabuena, un hombre me apuntó con una escopeta cuando entré a su panadería. Me dijo que desconfió de mí por el aspecto. En Río Gallegos hacía mucho frío y dormimos en la guardia del hospital. En Río Grande pedimos albergue en la Misión Salesiana y allí nos quedamos una semana durmiendo. En Ushuaia acampamos en el Parque Nacional Tierra del Fuego. El suelo era de turba, muy blandito. En la orilla del Canal de Beagle había maderas tiradas por todos lados. Imaginamos que eran restos de viejos naufragios. Las arrastramos hasta un claro y ahí las unimos hasta formar nuestros nombres: Ana y Juan, UPS. Estábamos seguros de que nadie iba a tocar eso jamás y que esas maderas acababan de volverse indestructibles. Nunca, pero nunca, la lluvia alcanzaría a pudrirlas, ni el viento a moverlas, ni la gente a desarmarlas, ni siquiera Dios se iba a atrever a separarnos. Y es posible que haya sido así, que todavía allá, en el fin del mundo, sigamos unidos para siempre.

7

El regreso fue por la cordillera. Volvimos a Río Gallegos, donde hicimos dedo hasta que una pareja graciosa (Gordi y Bicho) nos levantó y nos llevó hasta Calafate. De algún modo, logramos llegar al Parque Nacional Los Glaciares. Acampamos en Río Correntoso, una zona agreste dónde no había baño ni canillas ni proveeduría. Naturaleza total. En aquel lugar pasamos los diez mejores días

del viaje y posiblemente de todo nuestro romance. Una mañana decidimos levantar campamento y seguir camino, para que el Perito Moreno no se derritiera por nuestra culpa. Y nos reíamos de la idea y nos besábamos sin freno hasta quedarnos sin aire. Las semanas corrieron y de a poco fuimos subiendo por el mapa. Volvimos al este, a la Ruta 3 y, nuevamente, hicimos dedo en dirección a Bahía Blanca. En algunos negocios logramos cambiar artesanías por comida. Ya no nos quedaba plata, pero nada nos preocupaba. Pedíamos hospedaje en las estaciones de servicio, en las iglesias, en los cuarteles de bomberos, en los clubes, en definitiva, en cualquier parte donde pudiéramos pasar las noches mágicas de nuestra juventud. Y todos nos dejaron entrar, todos nos pidieron que por favor entráramos, que pasáramos tiempo con ellos y que compartiéramos algo de aquel tesoro que teníamos, porque veían en nosotros la luz radiante, la más hermosa, la luz buena –decían– de la pareja más enamorada de la patria.

La separación (2000, 2001)

1

Pero el tiempo pasó. Al cabo de unos años, cuando ya vivíamos juntos en Haedo, la convivencia nos empezó a enfermar. Una mañana oímos el grito febril: el timbre; el flete la venía a buscar para que se fuera con sus cosas y finalmente nos separáramos. Yo no podía tolerar a la gente desesperada que gritaba (por mi boca) y escapé a toda velocidad, lejos del departamento horizontal y los vecinos chismosos, de los jueces de la panadería, del taller, del quiosquito. Corrí como loco hacia Rivadavia y la vía del Sarmiento a través de calles interiores, de árboles que prendían las luces, que apagaban las luces con hojas crecidas de golpe. En una esquina, entré al túnel negro-blanco que corría debajo de las escuelas y las fábricas, y me abrí paso por las cuevas donde los demonios picaban piedras, tac, tac, tac, intermori, demori, decedere, obire, eppetere, perire, interire, uno, dos, uno, dos, contrario al flete salí otra vez a la superficie en cuadras lejanas, ahora rayado por los soles blancos de la mañana que el día, sin saber hablar, lloraba como un bebé. Me senté en el piso al lado

de la vía, dos cuadras pasando la estación Haedo. Pensé acaso dormir, por qué no, la música permanente, apoyado junto a mis solsticios treparía árboles debajo del tren, y no importarían las caras ofuscadas acá, burlonas allá, de los pasajeros, de los policías y los bomberos que me rodearían, porque la hemorragia me acunaría y el canto rodado se transformaría en un colchón de plumas, entre dobles t de acero, y entonces empezaría a soñar sueños rápidos, fletes a toda velocidad por las rutas de nuestras imágenes del sur, del viaje al sur, del viaje a dedo.

2

Sentado cerca de los rieles imaginé la película, oí voces posteriores en los metales en movimiento: un regodeo por la tristeza familiar y la desesperación de ella. Ana saltaría las vallas y abrazaría a su Juan descuartizado por las ruedas: los despojos esparcidos del romance perfecto. La sangre y los cuerpos multiplicados de mi cuerpo serían un cáliz en sus manos para los pasajeros. Uno a uno comulgarían nuestra historia en Haedo, un poco en Morón, un poco en Castelar. Imaginé el final como un conjuro a la desgracia: nos vi en la felicidad restaurada, doméstica, corriendo los muebles como por arte de magia. Nos vi en la la terraza, comiendo pan dulce y descubriendo al colibrí entre los árboles. Pero el sueño se acabó y el pasto se marchitó detrás de la cortina, se deshizo el paisaje porque surgió ante mí la ciudad material, que ignoraba mis delirios y hablaba sin parar, sacando chispas de rulemanes. Entonces me apabulló el tren que podía aplastarme, arrastrarme las tripas por cientos de metros, y me espanté, di un paso atrás, y otro, uno más, y qué iba a hacer, decime qué, caído, pálido, decímelo, gritaba, lloraba, me caía y rezaba, me arrastraba como un loco sobre la basura, ya no habría salida ni salvación, solo tiempo, mucho tiempo aferrado al dolor en el estómago, al herpes en el ojo, al hombro hinchado, a la alergia y el edema de glotis, a la fobia y la taquicardia, porque el cuarto negro me esperaría en Boedo; allí comería negrura, comería silencio y nada me alcanzaría, ella no contestaría mis llamados y así volvería a la idea junto al balcón y el vacío, pero daría un paso atrás, otra vez, y otro, uno más, aunque me martillasen la sien, igual seguiría

atado a la cama mirando las imágenes del sur, porque el viaje al sur existía, el viaje a dedo.

3

Las caras rodaron conmigo en el plano inclinado de la calle 24 de Noviembre; agarrado del aire, apreté la mano mutilada por los balancines del mecanismo dentado, de la angustia primero, de la apatía después, una suerte gravitacional para el principiante enamorado, que bajó y bajó por los anillos del departamento, se compadeció y dejó que su compasión lo conmoviera con relatos del sur, del viaje, del dedo, de Ana. Al tocar fondo lo habré pensado: si me pongo de pie y me cambio la ropa, salgo de acá, llego a la esquina, tomo el 126 y me bajo en la facultad, si hago cola en la ventanilla, tarde o temprano van a devolverme el carnet que llevan los estudiantes de Letras, porque mucho se ha hecho, pero más, mucho más, alcanzaré yo.

4

Entonces acepté café, conversaciones y fiestas, cursé materias hasta una tarde que se acercaron para pedirme el teléfono y llamarme a casa fuera de hora. Yo contesté, con desconfianza, reticencia, pero dado que eran más amables conmigo que la voz de Ana a cuentagotas, les dije que sí, dije sí, compañeros. En el verano me propusieron acompañarlos de campamento: otra vez el sur, de nuevo el bosque.

—No sé si me conviene —pensé quedarme en el cuarto negro.

—No digás pavadas, claro que sí, te conviene venir, es lo mejor para vos.

Cuando nos reunimos para elegir el lugar, un voto masivo sobre el mapa señaló el Parque Nacional Los Glaciares, y yo dije ni loco, me acuerdo de ella y sangro, me pongo pálido, les digo no, eh, por favor, vayamos a otro lado, no me hagan esto, no puedo. Pero ellos eran amigos de oídos sordos y pulso colectivo, estudiantes de pie en el centro del ambiente, entonando su marcha contra mí: "¡Los Glaciares! ¡Los Glaciares!". Yo, sentado en la sillita verde contra la pared de la cocina, tenía que decidir qué hacer, si volver o no volver.

5

¿Qué podía perder a esa altura del partido? Por la pieza intolerable, por el tema sonando en modo repetición, ¡nada!, ¡por el muerto!, no podían sacar una gota siquiera del pozo humano, de la carne salada por el ojo de Boedo, así que encaré nomás al miedoso y llené la mochila, ¡ma sí!, ¡nada!, que el departamento se tragara los barrios, que por acá le daría la espalda al doble y al triple, que en una de esas el bosque me pudría y al final de cuentas me salvaba. Nunca la realidad sería tan interior, nunca el espacio tan perteneciente al tiempo ni tangible como esos días psicóticos lo cotidiano. Cuando llegamos, empecé a llorar a escondidas: evitar los paseos, callarme, estar solo en el bosque. Se trataba de no mirar el glaciar, no mirar la loma de pasto amarillo, no el caminito, no salir de la carpa, no verla por favor.

—¿Qué le pasa a Juan? A mí me da miedo. ¿Vos qué pensás?

—A mí me da miedo. ¿Para qué vino?

Todos estaban enojados. (Juan pajarito de otro tiempo, ¿qué me pedís? Decime qué me pedís, que yo trato de hacer, mezclar teclas para la masa abrillantada del monitor, ¿qué? ¡Hablá, por Dios! Dale aire a la foto y levantá la vista, que te veo, puedo verte. Pajarito de cara parecida, dedicado al fogón y la madera, creación deforme de las formas que adopté cuando me fui de Villa Celina, dale aire a la foto bordó, respiremos).

6

El grupo planeaba seguir viaje hacia El Chaltén. La última noche cerca del glaciar, junto al fuego, les dije que me iba, por más que en esa época los pies nunca me llevaban a casa. Los cambios de color pasaban inadvertidos, pero el menor ruido sonaba más en el silencio. Los ojos mostraban el veredicto de cada uno de mis acompañantes. El cuerpo devolvía movimientos involuntarios. Dije sonidos desprolijos, escamados de anécdotas incoherentes, que a nadie importaba. Apenas se despidieron. Decidí quedarme un día más en el parque, solo, antes de volver a Calafate y a Buenos Aires. La inercia de las cosas proyectaba trenes encima del Lago Argentino. Cuando la tarde siguiente caía, decidí buscar leña sobre la colina. Preñado por el desastre, ahora juntaba

ramas, piñas, y dudaba de todo, paranoico, como si nunca hubiera existido y todo fuera nuevo y digno de sospecha. Pero, ¿una alucinación? A veinte metros caminaba un zorro colorado, tranquilo, tan verdadero como increíble, olfateando los árboles cuajados. Nos miramos fijo durante tanto tiempo que nada, ni siquiera la cresta del bosque, se movió de su lugar.

7

Lento como el crecimiento, o como las manos que deshacen nudos, el zorro giró la cabeza y siguió su camino a la profundidad. El movimiento se recompuso en las hojas y en los troncos erguidos, que en su lenta agilidad contra el cielo pinchaban el vapor del fin del mundo. Me senté un rato y después fui al campamento; hice fuego, miré las espirales patagónicas, combado como el planeta, y retrocedió mi conciencia por el flujo del veneno de la tranquilidad; ahora nada llevaría la confusión y mucho menos el miedo, porque mordido por alimañas sedantes dormiría en el sueño de las gotas que volvían desde enero y febrero de mil novecientos noventa y cinco. Ana: Plaza Houssay, Parque Chacabuco, Lezama, Francia y las guitarras, los objetos maravillosos cosidos con alpaca y parsec, para el sur, para el viaje al sur, por fin, para el viaje a dedo por una Ruta 3 imaginaria, proyectada más allá de la Antártida, donde caímos, mi amor, detrás del hielo, en el polo que tragó nuestro romance completo, y allí no sé bien en qué nos convertimos, con cuerpos o sin cuerpos, da lo mismo, porque fue hermoso rodar atómicamente y no puedo sacar ninguna idea concreta, salvo algunos sonidos quebrados, que encendieron mis juegos infantiles, una memoria que estalló como la lluvia, sumergió los kilómetros recorridos desde Villa Celina hasta Ushuaia, mojó la historia como el fundente a los metales en la terraza de Haedo, y soldó las partes en el pozo austral, cerró como la tierra las raíces, como cerró a los muertos en los días comunes, cuando cayeron las raíces, cayeron los muertos, igual que ahora, que cae mi pobre belleza en aquel matrimonio con el fondo.

Los buscas

1

Cuando empezaron los despidos compulsivos y, otra vez, cerraron fábricas y negocios, muchos trabajadores tuvimos que adaptarnos, mudar de piel, regenerar. La década del noventa había servido de experiencia y ahora muchos ya sabíamos qué hacer: changa, rebusque, venta ambulante. Los locales de Once estaban atestados de gente que quería comprar productos para la reventa, desde juguetes hasta paraguas, desde *bijouterie* hasta golosinas. A toda hora, podía verse una multitud cargando cajas y bolsas por Paso, Larrea o Pasteur, enormes paquetes que pronto se abrirían en el transporte público, en las puertas de los recitales y partidos de fútbol, en las peregrinaciones y toda clase de eventos religiosos. Pero la famosa ley de la oferta y la demanda estaba rota, porque en un momento comprendimos que ya no quedaban clientes. No sé cuándo empezamos a hacer trueques, ya que todos los habitantes de la República Argentina –imaginé– éramos vendedores ambulantes.

Como no quedaban clientes nacidos en el país, el instinto nos llevó hacia los circuitos turísticos, por Recoleta o San Telmo, incluso a las puertas de las embajadas. Algún canal de televisión transmitió las escenas y los periodistas críticos dijeron que se formaban largas colas para irse del país. ¡Mentira! En las puertas del Consulado italiano, de la Embajada de Alemania, de la Embajada de Estados Unidos, solo queríamos vender nuestras biromes, nuestros dulces de leche o cualquier otro invento nacional. ¡O chino!

Un día, entre los árboles de Palermo, después de que los yanquis nos echaran por Avenida del Libertador, un muchacho de más o menos cuarenta años que siempre me cruzaba en "la venta"

me saludó y me mostró su mochila de tesoros: ¡eran marcapasos! Inventados por no sé qué científico colombiano, ¡para el blando corazón de la mujer, para el duro corazón del hombre!

—Jaja –me reí–, ese *speech* un poco atrasa, pero es divertido. Me llamo Juan, ¿y vos?

—Fabián, pero me dicen Pelado, te imaginarás por qué.

—Un gusto, Pelado. Che, ¿qué onda?, ya no nos queda adonde ir. ¡El país se hunde!

—Tengo una idea. Bancame que lo llamo a Carita de auto.

—Jaja, ¿quién es ese?

—Un busca, un amigo...

—¿Y a qué marca de auto se parece?

—Algunos dicen que Fitito, otros que Citroën de los viejos, fijate cuando venga. ¡Carita! ¡Carita! –empezó a gritar– ¡Acá, Carita, acá!

Un hombre entrado en años, bastante petiso, vestido con saco, camisa, pero sin corbata, se acercó hasta nosotros. Su cara era algo espectacular.

—¿Y? –me preguntó el Pelado al oído.

—Fitito, de una –le contesté, entre risas.

—Carita, te presento a Juan, vendedor de... ¿Qué vendías vos?

—Biromes Bic –dije con orgullo–, pero a veces vendo agendas.

—Malos productos para esta época –Carita de auto se puso a filosofar–, ¿quién escribe en papel?

Estaba por defenderme y argumentar que en realidad sí, que en estos tiempos difíciles las almas sensibles necesitaban hacer catarsis o poesía o llevar un diario a la manera antigua, pero me reprimí porque me pareció demasiado sentimental y posiblemente falso, ya que hacía dos días que no vendía nada. Además, el Pelado cambió de tema.

—Bueno, Carita, ¿qué decís?, ¿vamos?

—Sí –contestó–, ya avisé y nos están esperando.

—¿Juan puede venir con nosotros? –me señaló a mí.

Yo no sabía de qué estaban hablando, pero me embargó un ardiente deseo por ser aceptado.

Carita de auto me miró de arriba abajo, meditó un momento, y después me preguntó:

—¿Qué número se te viene a la cabeza? ¡Ya!

—Ehhh, ochenta y ocho –dije, y me acordé de Riverito.

—El Papa –comentó Carita–, buen número. Está bien, podés venir.

—¿Pero adónde vamos?

—Al templo –contestó el Pelado–, queda acá a seis cuadras.

—¿Qué templo? –pregunté desconcertado– ¿Una Iglesia católica? ¿Una sinagoga?

El Pelado y Carita de auto se rieron y casi al unísono dijeron:

—El templo... Hipódromo Argentino de Palermo.

2

Aquel día los trenes y tranvías no dieron abasto y parte de la multitud llegó a pie. Avanzaban por el Camino de las Cañitas o por las orillas del Arroyo Maldonado hasta la Avenida Vértiz (hoy Libertador); muchos llegaron por la nueva extensión de la calle Bella Vista, desde la Iglesia del Pilar y desde el sur. Nadie quería perderse el evento. Era el domingo 7 de mayo de 1876.

Cuentan que más de diez mil personas colmaron la primera Tribuna Oficial de ladrillos y madera y los costados de la larga pista de arena. Por fin, sonó la campana. La gente agitaba pañuelos y sombreros y gritaba enardecida. Pero la primera gran carrera iba a resultar un fiasco. "Resbaloso", un caballo tapado que no era favorito de nadie, ganó la partida, así que las apuestas terminaron con puteadas y boletos rotos. Al caer la noche, el viento del río levantó aquellos papelitos y los desparramó caprichosamente. Durante años todavía podían verse aquellos trozos de papel enredados en los cañaverales y las ramas de los árboles, sueños perdidos de los primeros apostadores que, sin embargo, volverían en busca de revancha una y otra vez.

En pocos años, el presidente Carlos Pellegrini le cedería el predio al Jockey Club. Un domingo, entusiasmado, se puso a vender boletos. La ocurrencia fue festejada por los presentes y desde entonces muchos políticos e incluso figuras del jet set

porteño comenzaron a frecuentar las carreras. En los palcos de la Tribuna Oficial se servía comida y bebida. Las familias aristocráticas se daban corte y lucían vestimentas importadas. Pronto, las construcciones francesas reforzarían el aura del lugar. Pero, con el paso de los años, aquel *glamour* se vio mezclado con el populacho que alentaba desde abajo con palabras irreconocibles que, rápidamente, forjaron nuevas jergas y lunfardos. Ya entrado el siglo XX, en algún recodo, asomó un joven poeta y cantor que se convertiría en el artista más importante del país.

—En ese árbol centenario –señaló Carita de auto al llegar a la entrada de la Tribuna Paddock– tomaba sombra Carlos Gardel, padre de todos los buscas.

—¡Salud! –exclamó el Pelado y levantó la cerveza que habíamos comprado en el supermercado chino de Sinclair.

Carita de auto repitió:

—¡Salud! ¡Por el morocho del Abasto! ¡Y por Lepera! Pooor unaa cabeeezaaa –se puso a cantar– de uun nooobleee potriiilooo...

—¡Y por Leguisamo solo! –interrumpió el Pelado.

—¡Leeeguisaaamo soooloo! –cantaba ahora Carita de auto– Griitaan loos neeenes de laa poopuulaaar...

—¡Leeeguisaaamo soooloo! –respondía el Pelado–. Fueertee repiiteen loos dee laa oficiaaal...

Y así siguieron un rato, nombrando personajes y cantando tangos, y cada vez que lo hacían, brindaban. Yo me reía y, para no ser menos, brindaba con ellos.

—¡Salud! ¡Amor! ¡Dinero!

Íbamos por el camino entre las ligustrinas cuando, de pronto, un par de vigilantes de seguridad que llegaron en unas motitos ridículas nos cortaron el camino.

—Señores, no se puede entrar con bebidas alcohólicas al predio.

Detuvimos la marcha y enseguida el Pelado retrucó:

—Pero si adentro venden.

—Pueden comprar de adentro, pero no pueden traer de afuera –sentenció uno de ellos.

—Ufa –se quejó el Pelado como un chico–. Bueno –nos dijo a nosotros–, las terminamos afuera y después venimos.

Volvimos a la vereda, después cruzamos Dorrego y nos sentamos en el pasto.

—Era una pena tirarlas, están heladas –dijo el Pelado.

—Ni hablar –contestó Carita.

Yo guardé silencio y me puse a contemplar las banderas argentinas que flameaban sobre la entrada de la Tribuna Paddock. El viento empezó a soplar y entonces cerré los ojos, dejándome llevar por aquel día que, pronto, me depararía grandes sorpresas.

3

Al entrar al Hipódromo, nos dirigimos al guardarropas para dejar nuestros bolsos. Una larga fila de vendedores ambulantes entregaba sus productos a cambio de un numerito que no podías perder por ningún motivo.

—¿Algún elemento frágil? –le preguntó la chica del mostrador al Pelado una vez que llegamos.

—Sí, son marcapasos, para el duro corazón del hombre, para...

No terminó de decir su *speech*, cuando ella, alienada por tanto trabajo, lo interrumpió con mala cara:

—Por favor abra el cierre y muestre los objetos a la cámara.

—¿Para qué?

Ella permaneció inmutable y se hizo un rato de silencio.

—Dale –le dijo Carita de auto–, mostrale a la cámara.

El Pelado se quejó por lo bajo y finalmente apuntó hacia una camarita montada en el techo. Los marcapasos eran redondeles metálicos de donde salían dos cables.

—Che –le pregunté al Pelado–, ¿quién te compra eso?

—La principal causa de muerte en Argentina –el Pelado me miró fijo, bajó la voz y puso una mano junto a su boca– son las enfermedades cardiovasculares.

—¿Y por qué me lo contás como si fuera un gran secreto?

—Para no avivar giles. Esto es una gran oportunidad laboral. ¿No te das cuenta?

—La verdad que no.

—¿Vos sabés lo que es la mafia de los laboratorios? Son más chorros que los banqueros. Yo los vendo a precios populares y es verdad que me gano unos pesos –se tocaba la panza–, pero a la gente le sale mucho más barato.

Yo asentía con la cabeza y un poco me reía.

—Y mirá –me mostró uno–, están escritos en inglés. Son norteamericanos, muy buenos. Los consigo gracias a un amigo en la aduana –me guiñó un ojo.

—Es la carne, la carne vacuna –reflexionó Carita de auto.

—La carne y la crisis –el Pelado me miró a mí–, en este ispa hay más bobazos que bobos. Y ojo que eso es mucho decir, eh.

—Pero si hay crisis la gente come menos carne –dije yo.

—Menos carne nunca, ¡peor carne!

—Cortes baratos –agregó Carita–, muy malos, llenos de grasa.

—El colesterol te sube a lo loco –dijo el Pelado–. Y más ahora que la gente está nerviosa porque no llega a fin de mes.

Mientras charlábamos, el *hall* de la entrada principal empezó a oscurecerse. Afuera se estaba nublando y caían las primeras gotas.

—¡Se viene el fin del mundo! –exclamó el Pelado.

—¡Ojalá! –respondió uno que estaba haciendo la cola con una heladerita de telgopor.

—El fin del mundo –dijo otro–, ¡más vale!

Yo no entendía bien de qué estaban hablando y qué significaba ese deseo colectivo, pero la idea me tranquilizó.

—Que se acabe todo –creo que dije, sin darme cuenta.

—Che, Juan –me preguntó Carita de auto–, ¿vos siempre te dedicaste a la venta ambulante?

—No siempre, pero hace ya varios años. En realidad, soy escritor –confesé tímidamente.

El Pelado y Carita me miraron fijo y se interesaron.

—¿Qué escribís?

—Más que nada cuentos.

Carita de auto sonrió y dijo:

—¡Acá vas a tener para una novela!

—¡Muchachos! –alguien se acercó a saludar.

—¡Qué hacés, Abel! –el Pelado y Carita de auto lo abrazaron.

Abel era pelado como el Pelado Fabián, pero un poco más joven y en buena forma física. Lo primero que pensé fue que quizás era profesor de gimnasia, o jugador de algún club. No me equivoqué por mucho, después me enteré de que era árbitro de fútbol. Había llegado a arbitrar una temporada en el Nacional B, pero ahora se la rebuscaba en ligas menores y torneos de *countries*.

—Abel, te presentamos a Juan, hoy va a venir a buscar con nosotros.

Le di la mano y sentí que tenía algo duro en la palma.

—¿Qué es eso? –pregunté instintivamente.

Abel nos mostró una nuez, que apretaba como si fuera una pelotita de tenis.

—Me la indicaron para las hemorroides.

Yo estallé de risa, pero ellos me miraron serios y entonces me reprimí, porque no quería ofender.

—Ando con el mismo problema –dijo Carita de auto–, ¿vos decís que eso sirve?

—Parece que sí –contestó Abel–, la tengo hace una semana y me siento mejor. Me lo recomendó la curandera del barrio. Pero tiene que tener cuatro costuras –volvió a enseñarnos la nuez para que la veamos bien–, las nueces de dos costuras no sirven.

—¿Y dónde se consiguen? –se interesó Carita.

—Y... Andá a algún negocio donde las vendan sueltas y ponete a revolver hasta que encuentres una como esta. Después metela en el bolsillo, llevala a todos lados y, cuando puedas, tenela un rato en la mano y apretala. Y cuando duermas ponela abajo de la almohada. No te despegues nunca de la nuez.

—Listo, voy a hacer eso –se alegró Carita.

—¿Recién llegaste? –el Pelado le preguntó a Abel.

—No. Estoy acá desde hace un par de horas, pero mucho no pude hacer.

—¿Hay buscas? –le preguntó Carita.

—Están todos –contestó Abel–: los ucranianos, el viejo Juan, Leo, el hijo de Leo, Mirón 1, Mirón 2, la china, el chileno, Miguelito, Franco, Daiana y la hermana, Biguá, Martín, Nacho, Gustavo, Alexander, la paraguaya, el cordobés, el negro...

—Uh –se lamentó el Pelado–, deben haber arrasado con todo.

—Igual está lleno de gente y vos sabés que las máquinas se renuevan. Además, en un rato se van los de la tarde y a la noche es otro cantar.

—Bueno, entremos –pidió Carita.

Pedimos permiso y avanzamos entre la gente que hacía fila frente al guardarropas. Después bajamos una escalerita y atravesamos una arcada que decía "Sala de *slots*".

Bajamos otra escalera y entonces entramos en un lugar enorme lleno de ruido y de luz. Jamás había visto algo así. Parecía una película de ciencia ficción. Por todos lados había máquinas para jugar y muchas personas sentadas –sobre todo señoras mayores– apretaban botones una y otra vez, y otra vez, y otra vez, y acariciaban las pantallas, les daban besos, les hablaban, les decían cosas lindas a las máquinas, después puteaban a las máquinas, o les tiraban azúcar, o les pegaban estampitas en los costados, del Gauchito Gil, de San Expedito, de la Virgen María...

4

O me das el diamante... O van a ocurrir cosas...
Indiana Jones y el templo de la perdición

Caminamos por el casino como dos cuadras. Cuando llegamos al fondo, los muchachos me mostraron una máquina pintada con unos perritos. Para mí era una tragamonedas más, no veía diferencia con las demás. Por todos lados, las máquinas, separadas en islas, representaban distintos temas, sobre todo del cine y la televisión. Había del Hombre Araña, de Batman, de *Sex and the City*, de *Game of Thrones* y muchas más.

—Mirá bien –me dijo el Pelado–, a ver si lo descubrís...

Una señora jugaba en los perritos por 125 créditos el tiro. Como la denominación de la máquina era de diez centavos, su apuesta equivalía a doce pesos con cincuenta cada vez. Estos datos los fui aprendiendo de a poco aquel mismo día, gracias al Pelado, a Abel y a Carita de auto que me explicaron todo, con paciencia y ejemplos. Lo que no entendía era por qué compartían conmigo las cosas que sabían, ya que pronto iba a convertirme en una competencia, pero no decía nada sobre el asunto y trataba de aprender más.

—La verdad, no me doy cuenta, ¿qué es lo que tiene? –pregunté.

—¿Ves esos numeritos en la parte de arriba de la pantalla?

Sobre la parte superior, el juego tenía unos números chiquitos que iban variando por alguna razón a medida que la señora tiraba.

—La gran mayoría de los *slots* –me explicó el Pelado– no sirve para nada, tarde o temprano perdés plata. Todos los que están jugando –dibujó en el aire un círculo horizontal con el dedo– van perdiendo, todos se van a pelar. Puede ser que alguno gane, pero va a volver mañana y lo va a perder. La suerte no sirve.

—El sistema –agregó Carita de auto– está programado para que gane el casino. Nosotros, en cambio, aprovechamos algunas pocas máquinas que tienen ventaja, como los perritos.

—La gente no tiene idea de esto –dijo Abel–, juega a ciegas.

—Esos numeritos que ves ahí –señaló el Pelado– son acumulaciones. Cuando alguien juega, trata de sacarse el *bonus*, que generalmente son tiros gratis y te pueden pagar bien. Los *bonus* se consiguen cuando te sacás tres o más *scatters*, que son unas figuras especiales que tiene cada juego.

—Hay jugadores que dejan fortunas buscando el *bonus* –dijo Abel.

—Y a veces nunca llega –agregó Carita de Auto.

—Pero en los perritos –continuó el Pelado–, el *bonus* abre de otra manera: no por *scatter* sino cuando esos números llegan a diez. Nosotros nos paramos atrás de la máquina y dejamos que los demás jueguen, que gasten plata y acumulen. Cuando está en siete o en ocho, nos sentamos y jugamos sin riesgo.

—Hay que gastar un poco para llegar a diez –explicó Abel y yo sospeché que quizás me querían estafar, que ahora me iban a pedir que pusiera plata.

—Pero después la recuperamos –dijo el Pelado– y hacemos una diferencia cuando empiezan los juegos gratis, ¿entendés?

Yo sentí desconfianza y no respondí. El Pelado se me acercó y me dijo, serio:

—Cuando termina el *bonus*, no te tenés que quedar jugando por nada del mundo, porque si no la dejás. Tenés que levantarte y esperar a que se acumule de nuevo. Y así una y otra vez.

Yo asentí con la cabeza y después pregunté:

—¿Y cuánta plata hacés por día?

—Depende... He llegado a hacer cinco lucas. La mayoría de las veces me voy con dos lucas.

Puro cuento, pensé, y enseguida me acordé de "Un tal Lucas", de Cortázar. Los buscas lo nombraban todo el tiempo: "Voy dos lucas arriba"; "Ayer perdí tres lucas porque me puse a jugar"; "Tengo que recuperar cuatro lucas"; "¿Me prestás cinco lucas?".

—Che, pero si ganás tanto, ¿para qué salís a vender por la calle?

—Porque esto es muy inestable. En cualquier momento se dan cuenta y vuelan los perritos, las curitas, las burbujas y todas las máquinas que nos sirven a nosotros. Ha pasado. En otra época, había unas de Indiana Jones que dicen que eran espectaculares. Yo no las conocí, porque entré acá un par de años después. Pero me contaron que hubo buscas de aquella época que se compraron autos y tengo entendido que el viejo Juan se compró una casa. Cuando en Palermo se avivaron, las sacaron todas y les avisaron a los demás casinos y bingos. Con Carita estuvimos recorriendo algunas provincias para ver si las encontrábamos. Pero no queda una sola Indiana Jones en todo el país.

Entre el amor y el espanto

Me voy por las ramas y de pronto suena: ¡el timbre! ¿Qué?

Esto es realmente preocupante. ¿Pero quién podrá ser? ¿Y si es un ladrón? ¿Y si es un estafador que se hace pasar por enfermero para tomarme la temperatura? Hay que tener mucho cuidado; esta situación es propicia para el delito.

–Al final –Wilson me mira y se pone serio–, vos mucho Villa Celina pero, cuando las papas queman, reproducís los temores típicos del porteño de clase media. ¡Bienvenido a la tradición del Matadero!

–Uh, Wilson, me pegás donde más duele.

–Y sí, flaco, te convertiste en el señor Lanari del cuento "Cabecita negra" de Rozenmacher.

–Uh, te odio. Pero gracias por lo de flaco.

El timbre suena una vez más. ¡Cómo insisten!

¿Quiénes serán? Mis alumnes del taller literario no pueden ser porque ellos saben que pasamos a la virtualidad: que un día toca poesía por Skype; otro, cuentos norteamericanos por Zoom; otro, cuentos argentinos por Jitsi meet; otro, debatir sobre cine por Hangout –en nuestro "taller peronista", yo me mando la parte, tenemos una obra social que incluye ciclos de cine gratuitos para todo el grupo familiar y una pileta en Camino de Cintura–.

–Dale, Perón, ¡abrí la puerta!

¿Habrá venido algún colgado? Cami Camila, la niña prodigio; o Emilia, la peor alumna; o Mechi, mi alumna favorita. O capaz son los pilares del taller: la Capitana Inés y Edu, que siempre están, aunque soplen vientos de invierno. Ay, mis amados alumnes, me gustaría dejarlos pasar. Pero, ¿y si son portadores? Ya me imagino saliendo en los diarios: "Taller literario causa una catástrofe sanitaria".

No, no les puedo abrir, tengo que ser responsable y seguir la línea del gobierno nacional.

Lo que pasa es que, en el taller literario, el distanciamiento social es imposible. Siempre nos abrazamos, compartimos mates, hacemos rondas de lecturas y karaokes literarios cuyas gotas aerosolizadas están llenas de virus que, dicho sea de paso, puede vivir en el aire como tres minutos. Lo explicaron en el noticiero.

–Excusas –comenta Wilson.

El timbre suena otra vez. Ay, ¿qué hago? ¿Y si están afuera chupando frío? ¡Yo me preocupo por ellos! La conurbánica Belén, la internacional Lucía, Josefina de la *nouvelle vague*, Carlos el chileno y Carlos el peronista yogui, la productora Solange, el científico Diego, el cantante Nahuel, el dibujante Gabriel, el lobizón Gustavo, Andrés de los primeros hombres, las altas incorporaciones, Ayelén y María Cristal, las sobrevivientes del miércoles de ceniza, Ariana *non sancta*, Mar la españolo y su hijito Kim. Y solo estoy nombrando a los Detectives de la elipsis del taller del lunes; capaz vinieron también los Hipnotizadxs por el dato, del martes. A ellos también los quiero, que no se pongan celosos. Capaz se organizaron para hacer un supertaller y darme una sorpresa. Y yo, reflojo, no me digno a contestar el portero.

–¡Atendelos, cagón! –pelota Wilson me canta la justa.

Bueno, me voy a arriesgar contra todo sentido común, contra la ley y el gobierno. Perdón, Alberto, perdón, Cristina, pero no puedo dejar a mis alumnes tirados.

–Hola, ¿quién es? –pregunto tímidamente.

–Buenas tardes, señor, voy a leerle un pasaje del Libro de Job.

–¿Qué?

–"Y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron; y solamente escapé yo para darte la noticia…".

–Pero, ¿cómo? ¿Los Testigos de Jehová pueden salir a la calle? ¿Y mis alumnes?

Cuelgo el portero. Yo no sabía que los Testigos de Jehová estaban exceptuados. A ver, lo voy a googlear.

Wilson se pone a picar solo y afuera se escucha primero el sonido del viento moviendo las chapas, después las primeras gotas que caen sobre el techo del patio cubierto. ¿Y eso? Parece que cayeran piedras.

¡Qué raro! Si el pronóstico no decía nada de lluvia, ni de granizo, ni de vendavales. Al contrario, hoy, cuando miré el celular, había un dibujo del sol y apenas unas nubecitas.

PARTE III
La culpa fue de la noche

Coronabilis

Para mantener entretenida a la teleaudiencia, como ahora la grilla quedó medio vacía de programas en vivo, hace varios días que en distintos canales pasan repeticiones: partidos de fútbol de la historia de los mundiales, *shows* musicales de otros años, concursos de preguntas y respuestas con gente en el estudio, programas de chimentos cuyos panelistas discuten acerca de peleas en la farándula, infidelidades y culebrones de una época dorada sin barbijos ni alcohol en gel.

Me llevo el café al sillón del living y entonces apunto el control remoto.

ATC, canal 7, año 1998: el Bati le hace un gol a Japón en el debut de la selección argentina en el Mundial de Francia.

Canal 9, año 2002: Marcelo Tinelli, bajo una lluvia de papelitos, abre *Videomatch* cantando "Una cuestión de actitud", de Fito Páez.

Telefe, canal 11, año 2003: Susana Giménez baila con marineros a bordo de la Fragata Sarmiento en Puerto Madero.

Canal 13, año 2005: Araujo y Macaya comentan el superclásico en el entretiempo, que por ahora gana Boca 1 a 0 con gol de Guillermo Barros Schelotto.

América TV, canal 2, año 2005: Jorge Rial cuenta en *Intrusos* que a Rocío Marengo le hicieron creer que hablaba por teléfono con Pipo Cipolatti.

La transmisión parece entrecortarse y por momentos las imágenes sepia se mezclan con la lluvia de la estática. Las figuras de aquellos personajes se desarman en puntitos, gotitas, miguitas, papelitos, pajaritos, ramitas, vientito. Oscurece.

Y no quiero levantarme del sillón para prender la lámpara. Afuera, la tormenta recrudece y de pronto un rayo cae cerca de casa y me deja sordo y ciego; los edificios

retumban, se inflan los ambientes y explotan los vidrios y en cámara lenta la gente se desploma en el vacío junto a sus muebles y sus tazas de té. Los teléfonos suenan al mismo tiempo y se caen de las mesas; como un rosario de últimos alientos, padrenuestros y diostesalvemarías de vecinos arrodillados frente a los celulares cuyas fotos de hijos, padres, madres, también se deshacen en la estática. Entonces las bocas se llenan de fuego y de humo: que no me enferme de coronavirus, que no me despidan del trabajo, que mis seres queridos puedan comer y no les falte nada y que yo pueda volver a verlos y besarlos sin barbijo y tocarlos sin guantes, por favor Diosmíoayudame, que el mundo no se acabe.

Y ahora me acuerdo cómo me gustaba ver las tormentas, especialmente sobre el mar allá en el horizonte; bien podría sintonizar de nuevo los canales y verme en canal 7 en Las Grutas con Ana 1; o en canal 9 en Mar Azul con Natalia 1; o en Telefe en Claromecó con Ana 2; o en América o Canal 13 en Mar del Plata con Natalia 2; porque si la programación en la televisión es del pasado, nosotros también podemos serlo, y de nuestras mejores fotos, de cuando salíamos jóvenes y hermosos, sin necesidad de filtros. Pura vida, hermano.

Ahora sé qué cosas piensa uno antes de morir.

Yo creí que era un afortunado por estar bajo techo, pero las gotas puntiagudas de esta lluvia atraviesan chapas, tejas y hormigón y se me incrustan en el cuerpo y la cabeza y me lastiman como las monedas al mendigo. Otro rayo cae y vaya a saber qué es lo que ha desencadenado su energía, porque las interferencias disminuyen y entonces recupero la señal de la televisión. Los canales retroceden todavía más y ahora transmiten la década del ochenta.

ATC, canal 7, año 1983: Efraín saluda a los niños que llegan a la escuela en *Señorita maestra*. ¡Ala, ala, blancas palomitas!

Me acuerdo que estaba en sexto grado y estaba muy enamorado de Meche, el personaje que interpretaba Gloria Carrá. Muchos años después, en mi época de vendedor ambulante, una noche me la encontré por los bares de Palermo Hollywood y no pude evitar confesarle aquel amor. Ella no me dijo nada, pero yo le regalé un anillo que se llamaba "La gota que rebalsa el vaso de tus encantos".

En un gran cuento de Julio Ramón Ribeyro titulado "Al pie del acantilado", los protagonistas, que vienen huyendo de policías y escribanos, toman una playa cuyos baños han sido abandonados porque "los últimos concesionarios no habían podido soportar la competencia de las otras playas ni la soledad ni los derrumbes y por eso fueron llevándose todo lo que pudieron: se llevaron las puertas, las ventanas, todas las barandas y las tuberías". Después, el narrador reflexiona: "El tiempo hizo lo demás. Por eso, cuando nosotros llegamos, solo encontramos ruinas por todas partes, ruinas y, en medio de todo, la higuerilla".

Ruinas y una planta salvaje que brota y se multiplica en los lugares más amargos y escarpados. He aquí el amor. Ni rosas ni jazmines: higuerilla, sobreviviente entre las rocas, junto al gran océano que, día a día, se lleva alguna parte de lo que fuimos para hundirla en el horizonte donde brillan las tormentas y aniquilar nuestros egos hasta pulverizarlos y convertirlos en sal.

La culpa fue de la noche

Volvía del cine o de una lectura que se había estirado más de la cuenta, ya no me acuerdo. Subí el ascensor, bajé en el quinto piso y encontré, frente a mi puerta, al portero, a un tipo en pijamas y a otro con una caja de herramientas tratando de forzar la cerradura.

—¿Qué está pasando? –pregunté, descolocado pero amenazante.

Sin darme mucha bola, uno dijo.

—Se cerró la puerta.

Yo no entendía nada. Ellos seguían en la suya y justo sacaron la chapa del picaporte.

—¿Qué está pasando? –pregunté de nuevo.

El hombre en pijama se acercó y me dijo, en tono confidente.

—Y... Salí a sacar la basura y se me cerró la puerta, así que le pedí ayuda a Hugo (el portero).

Yo me acordé del poema de Fabián Casas.

> Es transitorio, me dije;
> pero así también podría ser la muerte:
> un pasillo oscuro,
> una puerta cerrada con la llave adentro,
> la basura en la mano.

El otro hombre me dijo:

—Y yo escuché ruido y vine a ayudar.

El portero seguía dándole golpes a mi puerta.

Por un momento dudé. Pero miré el piso y efectivamente era el quinto y miré el departamento y era el 19. ¿Estaban haciéndome un chiste? ¿Había una cámara oculta? ¿Querían robarme y por las dudas tenían preparada una obra de teatro en caso de que yo apareciera? ¿Ese hombre en pijama era un yo del futuro que se había quedado afuera?

Entonces exploté:

—¡Pero están tratando de entrar a mi casa!

Automáticamente se alejaron de la puerta y se quedaron mirándome, duros como estatuas.

—¿Qué? –reaccionó uno.

—Señores, esto es el quinto 19 –dije–, están tratando de entrar a mi casa.

—Noooo –se lamentó el del pijama–, pero si yo vivo en el cuarto.

—Noooo –hicieron coro los otros dos.

Acto seguido, me pidieron mil disculpas: que fue una confusión, que la culpa fue de la noche porque a esas horas ya nadie entiende nada; y así los seguí escuchando mientras bajaban al cuarto, donde empezarían de nuevo con los golpes. Yo, dueño de algún poder oculto, metí la llave en la cerradura y abrí fácilmente. Adentro encontré tornillos tirados y aserrín de la puerta forcejeada en el suelo del hall que, todavía hoy, sigo sin barrer.

Allí también las tinieblas

Atrás había quedado la venta ambulante y ahora me había convertido en un muchacho de saco y corbata. Y la verdad era que no terminaba de acostumbrarme a la nueva rutina laboral. Siempre tenía sueño y falta de aire. Extrañaba caminar a cielo abierto por Plaza Francia, vender objetos maravillosos y disponer de mis tiempos como yo quisiera. Pero la calle estaba difícil, cada vez se vendía menos y pagar el alquiler con aquellos ingresos era casi imposible, así que debía resignarme y agradecer que tenía un trabajo más estable.

Un mediodía, aproveché la hora del almuerzo y salí del edificio Somisa, en Belgrano y Diagonal Sur. Me compré un sándwich y un agua mineral en el quiosco de enfrente y después caminé algunas cuadras, hasta la Plaza Roberto Arlt. Me encantaba ir ahí porque era uno de los pocos espacios abiertos del microcentro y porque llevaba el nombre de un escritor que, después de haber leído *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, se había convertido en mi favorito. Además, en esos días me enteré de algo fascinante, que en otro tiempo había existido en el fondo de esa plaza un cementerio para pobres y ajusticiados, que habían encontrado restos de doce personas enterradas, la mayoría reos ejecutados en los años mil setecientos en la Plaza Mayor, hoy Plaza de Mayo.

Empecé a imaginar aquellas escenas macabras, incluso llevé un cuaderno para dibujar el lugar y hacer anotaciones que pudieran servirme para un cuento. Me senté en un banco libre, debajo de un palo borracho hermoso. Era un árbol añoso que, sin embargo, todavía florecía. Sus pétalos rosas caían sobre mí. Dejé mis cosas sobre el banco, me puse de pie sobre una piedra semienterrada en su base y lo toqué. Me olvidaba por un momento del viejo cementerio, de la plaza casi seca, incluso de la ciudad que me rodeaba, de la gente, de los colectivos, de la oficina. Sentí una gran paz. Le acaricié los aguijones y me pareció sentir el ruido del agua que se movía dentro de su cuerpo hinchado.

Levanté la vista y miré las ramas. Me puse a pensar que los vegetales desarrollaban el cuerpo como medio para alcanzar una meta, a diferencia de los animales y los seres humanos, que tenemos que transportarnos cuando queremos llegar hasta un lugar. En las plantas, el movimiento se da mediante el crecimiento. Cuando quieren luz, prolonga una rama hasta el lugar donde podían encontrarla. Supuse que esa capacidad debían usarla cada vez que necesitaban algo. Cerré los ojos y me puse a jugar con la imaginación, como cuando era chico. Se me ocurrió que yo también podría ser vegetal. Me encantaba la idea y me empecé a reír.

Los transeúntes habrán pensado que estaba loco, pero no me importaba. Con cuidado de no lastimarme con las espinas, abracé el tronco. Una sensación intensa me recorrió de pies a cabeza y el placer inicial creció hasta convertirse en deseo. De solo pensar que tenía que volver a la oficina, me deprimía.

—Ya está –le dije al árbol–, renuncio a mi condición humana.

Volví a reírme y me pareció sentir que se movía su gran panza. ¡Porque se reía conmigo! Siempre abrazado a él, me concentré en mi hombro derecho y empecé a divertirme pensando en mi clavícula, la supuse creciendo como una rama en busca de la parte más alta de la copa. Me quedé así durante un buen rato, hasta que abrí los ojos y miré la hora. Ya eran las dos de la tarde. Tenía que volver al trabajo. Agarré el agua mineral, tomé un trago y le di la mitad, echándola entre sus raíces descubiertas que parecían rodillas.

—Hasta luego –le dije y le di un beso–, me llamo Juan Diego, pronto vuelvo a visitarte.

Salí de la plaza y enfilé por Esmeralda. Me iba contento, sabiendo que se había forjado una relación especial. ¡Claro que sí! Literalmente especial. No pude contener la risa y pegué una carcajada. Mientras cruzaba Rivadavia, hablaba en voz alta.

—Tengo un amigo árbol, un amor árbol, estoy muy loco.

Llegué al Edificio Somisa y subí el ascensor hasta el noveno piso, donde estaba mi oficina. Pensaba que, si hubiese sido vegetal, me habría costado mucho crecer hasta esa altura, pero que tarde o temprano lo hubiera logrado si esa hubiera sido realmente mi meta, porque nada –y seguía riéndome– podría interponerse ante los deseos de un árbol. Me sentía borracho

con mis tontas ocurrencias. Sin darme cuenta de que había una chica en el ascensor, dije en voz alta:

—Los árboles conseguimos todo lo que nos proponemos –y moví la mano derecha con el puño cerrado, como quien festeja un gol.

No sé si se asustó o qué, pero me miró raro y salió despavorida en el séptimo.

Cuando llegué al noveno, me encaminé hacia la oficina. Antes de llegar, me crucé al señor Martínez, que me detuvo el paso.

—Escúcheme, Incardona.

—Lo escucho.

—¿Terminó de ordenar los papeles del jefe?

—Estoy en eso. En un rato se los doy.

El señor Martínez se quedó mirándome. Yo no entendía el motivo de su curiosidad. Estábamos frente a frente. La situación se volvió tensa. Pensé que quizás estaba enojado porque todavía no había terminado esa tarea, pero a mí no me iba a intimidar, así que me quedé viéndolo a los ojos.

—¿Qué se puso en el hombro derecho? –me preguntó.

—No entiendo a qué se refiere.

Me miré el hombro. Estaba considerablemente más elevado que el otro. ¿Se me había hinchado? Enseguida me acordé de mi abrazo al palo borracho. Quizás me había clavado una de las espinas y ahora estaba haciendo una reacción alérgica. Metí la mano dentro del saco, por encima de la camisa, que noté rota, me toqué la zona y enseguida percibí la sensibilidad de la piel. No me picaba ni me dolía, parecía como si mi hombro hubiera pegado un estirón. Tuve miedo y el señor Martínez lo notó.

—¿Qué le sucede, Incardona? ¿Qué tiene en el hombro? ¿Alguna clase de vendaje?

—Sí –atiné a decir–, un vendaje. Me disloqué.

Sin querer, Martínez me había dado una excusa para salir del paso y no llamar tanto la atención, aunque él insistía con el interrogatorio.

—¿Cómo se lastimó? Hoy a la mañana no tenía nada. ¿Qué le pasó en este transcurso de tiempo?

No sabía qué decir. Y me empecé a sentir mal, como si me hubiera bajado la presión.

—¡Incardona! ¿Se siente bien?

—Sí, sí... Discúlpeme, tengo que ir al baño.

—Usted está siempre angustiado. ¡Hombre! ¡Tiene que aceptar lo que la vida nos da!

Martínez se quedó mirándome, extrañado. Probablemente todos los empleados iban a hablar de mí muy pronto en el "radiopasillo", como le decían ellos. Me metí en el baño y descubrí, por suerte, que no había nadie. Cerré la puerta con traba.

Las costuras del saco estaban a punto de explotar. Me lo quité. La tela de la camisa se había desgarrado. Mi hombro derecho ahora era un vértice sobresaliente que me llegaba a la altura de la oreja. Me espanté.

Tenía que calmarme. Yo seguía recordando mi sentido abrazo al árbol de la Plaza Roberto Arlt y todo aquello que imaginé acerca de ser una planta. Me acordé también de los relatos de *Las metamorfosis* de Ovidio, que me habían regalado para un cumpleaños y tanto me habían apasionado. Pero esto era absolutamente increíble. Tenía que haber otra explicación. ¿Y si no la había? ¿Si realmente mis deseos podían hacerse realidad? Pero, ¿era mi deseo? Bueno, eso me pasaba por jugar con fuego —me reté a mí mismo—, todos sabían que había cosas con las que uno no debía jugar. No le podés pedir algo a Dios solo porque se te ocurrió, y menos a los palos borrachos, que —por un momento volví a reírme— son como lámparas de Aladino.

No entendía cómo podía pasarme una cosa así. De alguna forma había logrado moverme como una planta, pero a la velocidad de un hombre. La combinación era nefasta y escapaba a cualquier intención de mi parte, pero había sucedido, y mi hombro —era evidente— había crecido como una rama.

Aparentemente, el hombro se había detenido y no crecía más. ¡Y esperaba que no lo hiciera! Jamás —me prometí— volvería a jugar con esas ideas, aunque en ese momento —pensé— tal vez podía intentar que mi cuerpo regresara a su antigua figura con el mismo método.

—Sí —me dije—, haré lo mismo, pero a la inversa.

Cerré los ojos. Traté de imaginarme planta. Era difícil encerrado en el baño de las oficinas, en pleno microcentro, pero,

bueno, todo era parte del mismo planeta y yo seguía siendo un ser vivo, así que puse manos a la obra. Conté hasta diez y empecé a respirar solo por la nariz, cada vez más despacio, tratando de bajar la ansiedad y la taquicardia que me sacaba el corazón del pecho. Ya podía ver en mi mente la forma del hombro. Imaginé que se reducía en tamaño, de a poco, hasta que por fin volvía a su antigua forma y posición. Esperé un rato y abrí los ojos.

Me miré en el espejo. ¡Todo seguía igual! El hombro parecía una montaña al costado de mi cabeza. Dios mío, ¿qué podía hacer? ¿Por qué ahora no resultaba? Quizás en la plaza —pensé—, cuando hice lo mismo, había sentido placer, ahora, en cambio, estaba preso de los nervios. Entonces reflexioné que el deseo y el placer tenían que combinarse, como en el sexo. Y como en la naturaleza todo se replicaba, yo tenía que actuar según mis experiencias vitales y no movido por la desesperación. Para conseguirlo, tenía que sentirme bien, lograr aquel estado de plenitud y euforia que sentí cuando abracé como un loco al árbol. Y, la verdad, en ese baño era imposible. Seguro todos los empleados del noveno piso estaban detrás de la puerta esperando mi salida. Lo podía intuir. Yo no quería que se dieran cuenta de lo que me pasaba. Tenía que inventar una excusa para irme. Después podría pensar, en casa, cómo solucionar mi problema.

Me vestí y me mojé un poco la ropa, porque se me ocurrió que, si me cruzaba con alguien, podría decirle que me había golpeado y que tenía una bolsa con hielo debajo del saco. Me armé de valor y salí del baño.

Para mi sorpresa, en el *palier* no había casi nadie. Todos estaban metidos en las oficinas, salvo dos chicas que fumaban en la escalera frente a una ventana abierta. Ninguna me miró. Caminé unos metros, buscando a mi jefe. Al señor Martínez no lo veía por ningún lado y era mejor que no me lo cruzara, a ver si empezaba otra vez con las preguntas. En la entrada de la cocina estaba mi jefe sirviéndose un café de la máquina.

—Buenas tardes –le dije–, disculpe que lo moleste.

—Hola, Incardona. ¿Cómo le va?

—Bien. Gracias, señor.

—Sin embargo, lo noto agitado.

—No, no es así para nada –levanté el tono de voz.

—Bueno, no se enoje.

—No me enojo, señor, lo que pasa es que tengo algunos problemas que debo resolver, por eso quiero pedirle permiso para retirarme.

—Ningún problema, Incardona, vaya tranquilo –y me miró extrañado, del mismo modo que un rato antes lo había hecho el señor Martínez.

Las cosas estaban saliendo dentro de todo bien. Fui hasta mi escritorio, apagué la computadora y agarré la mochila a toda velocidad. Mis compañeros estaban concentrados cada uno en lo suyo y no me prestaron atención. Fui hasta el ascensor, que por suerte estaba abierto en nuestro piso, me metí y apreté rápido el botón de planta baja. Antes de que se cerrara la puerta pude oír la voz del señor Martínez.

—¡Incardona!

No le contesté. El ascensor empezó a bajar. Me miré en el espejo: estaba todo colorado y despeinado, como si acabara de jugar un partido de fútbol. Mi hombro seguía levantado, como si tuviera una joroba.

Salí del edificio y paré un taxi sobre Belgrano. Me metí en el coche y le dije al chofer:

—Estados Unidos y 24 de noviembre.

El taxista dobló en Chacabuco y fue hasta la Avenida Independencia, para seguir después todo derecho. Por fin me alejaba de aquella gente del trabajo y del riesgo que implicaba exponerme ante personas conocidas.

El chofer me miraba a través del espejo

—¿Qué opina usted del nuevo proyecto de ley? –me preguntó.

—¿A cuál se refiere?

—A ese, del que habla todo el mundo. Lo debaten en casi todos los programas de televisión.

—La verdad ni idea –contesté–. Cuénteme de qué se trata –pensé que me iba a venir bien pensar en otra cosa.

—Quieren imponer –dijo levantando un dedo– que en cada vereda haya un árbol. El propietario de la casa en cuestión deberá mantenerlo obligatoriamente, y tendrá que rendir cuenta

a los inspectores municipales que pasarán periódicamente a corroborar el buen estado de la planta.

Yo no podía creerlo. ¿Acaso el universo se había complotado contra mí?

—Además –me siguió contando–, uno no tendrá la libertad de elegir el árbol que más le guste. No, señor. La decisión correrá a cuenta del organismo regulador. Ya veo su cara de sorpresa –me miraba fijo por el espejo–, a mí me pasó lo mismo cuando me enteré. Le digo más: dicen que multarán con grandes sumas de dinero a quienes se les muera el árbol. En ese caso, tendrán la obligación de plantar dos árboles. ¿Se imagina? Jaja –se reía–. Si uno llega a tener dos árboles en la vereda y se le mueren, lo van a obligar a plantar cuatro. ¡Es una locura! En la tele hacían unos chistes buenísimos. Decían que las veredas se iban a transformar en bosques. Imagine usted, mi amigo, cómo va a perjudicar esto a las personas que quieran transitar, y ni me quiero imaginar cómo va a afectar a los comerciantes. Menos mal que yo no tengo negocio, se lo agradezco a Dios. Mi trabajo es sobre la calle y esta ley, como le expliqué, es para las veredas, así que toco madera, porque todavía a ningún legislador se le ocurrió plantar árboles en medio del asfalto. Pero ojo que en este país puede pasar cualquier cosa, así que mejor ni lo pienso, no vaya a ser que llame a la desgracia.

Cuando dijo esto último, no pude dejar de darle la razón, teniendo en cuenta lo que me había pasado a mí, así que asentí con la cabeza.

—Bueno –dijo–, ahora que lo pienso bien, si las veredas quedan bloqueadas por tantas plantas, los peatones van a empezar a caminar por la calle y nosotros vamos a tener que aguantar congestiones eternas. Dios mío, de esta no se salva nadie. Voy a perder dinero, estoy seguro. ¿Sabe la cantidad de horas que yo estoy acá arriba? Esta gente no tiene sensibilidad. El tránsito va a ser peor de lo que es, un caos. Ahora, yo me pregunto, ¿quién nos va a pagar por los perjuicios? ¿Quién?

Me sentía un poco mareado y ya me costaba seguirlo. Le dije:

—No sabía nada del tema. Pero me parece bien que las plantas tengan el lugar que les corresponde. Una ciudad llena de árboles sería hermosa.

—Bueno -contestó-, sí... Eso es verdad... Es lo que yo digo. Hay que plantar más y hacerle frente al problema de la contaminación ambiental. El otro día lo hablaba con mi hijo...

—Disculpe, llegamos. Acá me bajo.

—Sí, por supuesto.

—Tome, este dinero es suyo.

—Gracias. A propósito, ¿qué le pasó en el hombro?

—Nada, nada. Adiós.

Bajé del coche y caminé rápido hasta mi edificio. No quería cruzarme con ningún vecino. Los chicos de la Santa Cruz todavía estaban en las aulas. Podía verlos a través de las ventanas. El barrio parecía bastante tranquilo. El quiosquero permanecía dentro de su negocio y por suerte el portero tampoco estaba en la puerta. Me metí, subí hasta el quinto y entré al departamento que alquilaba desde hacía unos años, cuando me separé de Ana 1 y me fui de Haedo. Este era mi tercer domicilio en la vida; primer departamento, porque en provincia había vivido en dos casas: en Villa Celina veintiocho años y en Haedo dos años. Todavía no sabía que aquel lugar era el primero de muchos alquileres que tendría que buscar por la ciudad. El futuro me deparaba amores y desamores entre los cien barrios porteños, alternando solterías con convivencias, siempre con Anas o Natalias.

A todas las amé y creo que ellas también me amaron. Pero ahora me encontraba solo, metido en aquella cuevita de San Cristóbal, mirándome al espejo obsesivamente y viendo en el reflejo una deformidad de lo que fui o sería, medio humano, medio vegetal, con algo de realidad y mucho de paranoia y de ficción.

Me toqué el hombro por delante y por detrás, masajeé la zona, me pegué un par de golpes para ver si el cuerpo reaccionaba, pero nada, seguía sin sentir dolor ni nada raro. El hombro se mantenía inmutable en su nueva normalidad. Me observé con atención: parecía que los huesos y los tejidos musculares habían tenido un crecimiento súbito. Entonces me acordé de una de mis películas favoritas, que vi por primera vez cuando era chico en "Sábados de súper acción": *El increíble hombre menguante*, un film en blanco y negro de los años cincuenta basado en una novela de Richard Matheson. Yo estaba viviendo algo parecido, pero al revés. ¡Era el increíble hombre creciente!

Por un momento pensé en llamar a un médico, pero rápidamente descarté la idea, porque la medicina no podría dar una respuesta a un evento de esas características, que parecía más mágico que científico. Lo mismo le pasó a Scott Carey en la película. No iba a cometer el mismo error.

Claramente, había tenido una especie de mutación parcial. Seguía siendo un hombre, pero había desarrollado el movimiento vegetal. Era evidente que alguien más había tenido injerencia en este suceso: el palo borracho de la Plaza Roberto Arlt. Mi nuevo amigo tenía que saber lo que me pasaba. Me convencí de que aquel árbol tenía una sabiduría superior y capacidades que no teníamos los humanos. Porque si no cómo explicar semejante coincidencia. Era obvio que él, seguramente de buena fe, me había ayudado a concretar mi deseo. La culpa la tenía yo.

Pensé y pensé, hasta que se me ocurrió el siguiente plan: bien entrada la noche, cuando el tránsito se calmara en el microcentro, yo aprovecharía las calles vacías e iría a la plaza en busca del árbol. Le pediría perdón, le explicaría que me heabía equivocado y le pediría que por favor regresara mi hombro a su antigua forma, porque no podía seguir así. Él tenía que comprenderme.

Pero habría que esperar, porque recién eran las cuatro y media de la tarde. El día se iba a hacer eterno. En mis devaneos filosóficos imaginaba una rama que, en vez de crecer en el espacio, lo hacía en el tiempo, que alcanzaba la noche como si fuera la copa del árbol. Hasta esa altura treparía yo, para poder recuperarme y respirar tranquilo. ¿Pero qué estaba diciendo? ¿Cómo se me ocurría insistir con esas cosas?

Prendí la radio. Una mujer estaba opinando acerca del nuevo proyecto de ley:

—Ahora quieren imponer que cada individuo tiene que cuidar y querer a una planta. Yo me pregunto: en la sociedad en la que vivimos, ¿quién se encarga de cuidar a las personas?

Empecé a hablar solo, contestándole a la radio.

—El árbol que cuidemos también puede cuidarnos a nosotros.

Estaba sumamente ansioso, así que me fui a acostar para tratar de dormir. Hasta las doce de la noche no convenía salir. Bajé la persiana, me metí en la cama y cerré los ojos.

Y dormí como pocas veces. Cuando estiré el brazo para alcanzar el velador y prender la luz, ya eran las once de la noche. Había sido, quizás, la siesta más larga de mi vida.

—Dormí como un tronco –dije, y enseguida me arrepentí por decir semejante cosa. A ver si todavía...

Fui al baño y me revisé de nuevo. El hombro seguía igual: no había menguado ni crecido.

—Bueno –me decidí–, no puedo esperar más, me voy ya mismo al microcentro.

Me vestí con ropas amplias y oculté la elevación del hombro en la medida de mis posibilidades. Salí de mi casa, caminé hasta San Juan y tomé un taxi. Esta vez, el chofer y yo mantuvimos silencio durante todo el viaje. Solo quería llegar a mi destino.

—Listo, acá me bajo.

—Muy bien, son nueve pesos.

—Tome y quédese con el vuelto. Adiós.

—Muchas gracias y tenga cuidado –me previno–. A esta hora el microcentro es una boca de lobo. La otra noche levanté a una señora a la que acababan de robarle, pobre...

—Gracias, lo tendré en cuenta –y cerré la puerta.

No podía pensar en nada que no fuera el árbol. ¿Qué podía preocuparme en ese momento la inseguridad? Inseguridad ya tenía yo, que no sabía si iba a poder seguir con mi vida.

El auto retomó por Rivadavia y se perdió a toda velocidad en dirección al Congreso. Yo caminé unos metros por Esmeralda y me metí en la plaza. No había nadie, solo un ciruja durmiendo en un banco. No le pude ver la cara, pero pensé que bien podría ser Carlitos, el ciruja, a quien hacía rato no se veía por Villa Celina, según me contaban mis amigos del barrio.

Fui derecho hacia el palo borracho. Me paré a unos metros y lo miré bien. Sus hojas se agitaban por el viento. Era realmente hermoso. Las flores rosas brillaban iluminadas por la luz de un farol.

Me acerqué todavía más. Las sombras vegetales se proyectaban inquietas en el suelo y se mezclaban con la mía. Lo toqué y le hablé:

—Imagino que sabrás por qué estoy acá.

Traté de escucharlo. El agua se agitaba dentro de su gran cuerpo. Lo miré fijo a las hojas.

—Amigo, necesito recuperar mi antigua figura.

Guardé silencio y esperé. Cada pequeño sonido, cada crujir de sus maderas, cada silbido del viento entre las ramas, me parecían palabras. Creía entenderlo. Interpreté que debía sacarme la ropa. Tenía frío, pero acepté su pedido. Me saqué las zapatillas y me paré sobre la piedra que sobresalía del suelo, incrustada junto a él. Después me saqué el buzo y la remera toda estirada hasta dejar mi torso desnudo y entonces lo abracé, como lo había hecho a la tarde, con cuidado de no clavarme las espinas. Los escalofríos me recorrieron el cuerpo y otra vez sentí un gran placer. Apoyé mi cara contra él y le dije:

—Soy Juan Diego, volví.

Mis manos recorrieron sus cortezas. Acaricié cada pequeño tubérculo, cada aguijón. Cerré los ojos y empecé a respirar hondo. Inhalaba y exhalaba pegado a él, tomando el oxígeno depositado en sus pequeñas hendiduras. De pronto, me pareció sentir nuevos perfumes. Eran los olores profundos del árbol, que aún conservaba en su naturaleza, pese a la ciudad que lo rodeaba.

Era gracioso, pero otra vez me concebía planta. Y no pude evitar jugar de nuevo con la imaginación. Después de un día tan angustiante, ahora esto se convertía en calma, en paz. Contra todo plan, otra vez fantaseé con que mi hombro se elevaba como una rama. Me entretenía, en medio de aquella noche, pensando también en mis pies. Los sentía húmedos. El agua me bañaba dulcemente. Sentía cosquillas en la panza. La cintura, el torso, el cuello, parecían girar sobre mi propio eje. Mis pulmones se expandieron. Los brazos, por su parte, se prolongaban hasta la meta deseada, en lo alto de la copa. Los dedos se multiplicaban y las sensaciones táctiles adquirían infinitas percepciones. Mi cara percibía el calor del farol. Su luz pasaba entre mis pestañas. Abrí los ojos: una densa niebla me cubría como si fuese un manto. En ese árbol, en esa roca, en esa nube, yo, o alguien, flotaba.

Nestornauta

Lo decían en la radio, en la televisión, en Internet, lo repetían en las casas y las calles cuando por fin me desperté de una noche más larga de lo habitual, quizás por el cansancio, o por la acumulación de sueños que esperaban, desde hacía tiempo, el momento justo para salir.

Y esa mañana, incluso despierto, muchos sueños salieron de las cuevas profundas. El portero tocó la puerta y me dio la noticia.

—No puede ser –atiné a decir.

Instintivamente, salí de casa y me tomé el colectivo hasta el centro. Brillaba el sol, pero la pesadez húmeda del aire anunciaba que pronto vendría una tormenta.

Más allá de la ciudad contemporánea, existe una zona que pertenece no a la historia sino a la mitología. Agujeros de gusano, por Diagonal Sur o Norte, desembocan en una dimensión de épocas mezcladas, donde el espacio parece tiempo y el tiempo, espacio.

La Plaza de Mayo se fue llenando de gente que se enfilaba en largas colas hasta la Casa de Gobierno. Esperaban su turno para saludar al féretro, como los padres al cuerpo de Perón, como los abuelos al cuerpo de Eva Perón. Caminé para un lado y para otro; hablé con conocidos y desconocidos hasta que cayó la noche. Deambulaba, como si buscara algo en el velorio público, una ceremonia espontánea y típicamente argentina, mezcla de angustia rioplatense y fiesta pagana de las provincias, llanto y canciones políticas, voces invisibles bajo el humo de las parrillas.

—No puede ser –me repetía a mí mismo, y miraba las figuras en el humo achicando los ojos, para jugar con la vista y el paisaje y que, de ese modo, cambiaran las palabras y las cosas.

Entonces, me encontré en el medio de una ronda, entre banderas de La Cámpora, el Movimiento Evita, la Juventud Sindical, la JP Descamisados. Todos se habían puesto de acuerdo en torno a un montículo de la plaza, donde una chica escarbaba el suelo con un palo, pero que, a través de mi vista nublada de oscuridad y alcohol, daba la sensación de que estaba metiendo una llave gigante en el ojo de una cerradura abierto en la tierra.

—¡Cristina está en la plaza! –gritó de repente un muchacho.

—No digas pavadas –le contestaron–; si Cristina está en la Casa Rosada, lo están mostrando en la televisión.

—Te digo que es Cristina –el muchacho estaba seguro y empezó a convencer a sus compañeros, que hicieron correr el rumor.

—¡Cristina está en la plaza! ¡Fuerza, Cristina!

Todo el mundo se volvió loco y se puso a saltar y cantar.

—¡Cristiiinaaa con el pueeeblooo y Neeéstooor con Peerooón!

Me acerqué. El viento empezó a soplar más fuerte. Un trueno se oyó a lo lejos y luego la chica pegó un alarido, como si le contestara a la naturaleza. Todos dejaron de cantar y la plaza guardó un silencio completo, hasta que, la misma chica, apuntando al montículo, gritó:

—¡Miren! ¡Miren ahí!

Varios se pusieron a gritar histéricos.

La noche se cerraba más por el frente de la tormenta. No sé en qué dimensión estábamos ahora. El país me resultaba algo lejano, como si la realidad sucediera a varias cuadras que medían kilómetros, más allá de la 9 de Julio. Nosotros, en cambio, nos habíamos metido en un sueño.

—¡Es imposible!

Pronto trajeron las primeras ofrendas, banderas, camisetas, notas, y así el montículo se fue transformando en un santuario. La chica se paró frente al resto y preguntó, a los gritos:

—¡¿Si le cortan la oreja?!

—¡Vuelve a crecerle! –contestaron los demás.

Entonces, se pusieron a cantar:

¿Si le cortan la oreja?
¡Vuelve a crecerle!
¿Si le cortan la lengua?
¡Vuelve a crecerle!
¿Si le cortan la nariz?
¡Vuelve a crecerle!

¡Vuelve!
¡Vuelve!
¡Vuelve!

¿Si le cortan el brazo?
¡Vuelve a crecerle!
¿Si le cortan la cabeza?
¡Vuelve a crecerle!
¿Si le arrancan el corazón?
¡Vuelve a crecerle!

¡Vuelve!
¡Vuelve!
¡Vuelve!

¿Si le dispara el ejército?
¡Sano y salvo vuelve!
¿Si lo maldice la iglesia?
¡Sano y salvo vuelve!
¿Si lo critica la prensa?
¡Sano y salvo vuelve!

¡Vuelve!
¡Vuelve!
¡Vuelve!

Los militantes bailaban y sus pasos levantaban las primeras gotas de lluvia. La misma chica de antes, arrodillándose en el piso, empezó a gritar desaforada, mientras señalaba el montículo. Los demás nos acercamos y entonces el grito se generalizó: ¡un ojo asomaba de la tierra!

—¡Hagan espacio! –pidieron.

La chica retiró las ofrendas y liberó la zona de piedras. Entonces, pudimos ver, estupefactos, cómo el ojo empezó a pestañear. Todos se pusieron frenéticos. Se formó una ronda y nos pusimos a dar vueltas.

¡Vuelve!
¡Vuelve!
¡Vuelve!

La cara empezó a cobrar forma, el otro ojo también pestañeó, la nariz creció, las mejillas tomaron color, los hombros salieron de la tierra y más allá una mano, levantando polvareda, se sacudió y después ganó altura, mostrando el resto del brazo, el pecho se infló sobre la superficie y después se desinfló, y otra vez, hasta que los charcos se movieron debido a la respiración del resucitado, la panza, el torso y la espalda surgieron de la profundidad, las piernas se elevaron, aparecieron las rodillas, los tobillos, los talones y finalmente el cuerpo quedó completo.

—Vuelvo –dijo sonriendo, y todos nos abalanzamos para abrazarlo.

Los militantes lo levantaron en andas. Su figura, vuelta a la vida, contrastaba con el fondo trágico de la tormenta y la espesa cortina de agua que velaba, no a un muerto, sino a la ciudad entera. En los ojos del líder se reflejaban los presentes, bailarines del extraño carnaval, cada uno espectro, igual que aquel, del farol que lo alumbraba, como si fueran luces tomadas de la mano, brujerías de un aquelarre de la juventud peronista echando pócimas mágicas, en el pasto de la plaza, otra vez, un mes de octubre.

Contra el hospital

Yo creía que el Dr. Liendo me diría lo de siempre:

—No hay cama.

Pero, con tono seco, como la voz del relator que sorteaba la colimba, se dirigió a mí y dijo:

—Hay cama.

Después ordenó:

—Seguime.

Entonces circulé por administraciones y admisiones, lugares kafkianos colmados de secretarios y oficinistas, donde llené formularios y me autorizaron repetidas veces hasta que llegué a mi destino, un triste panorama en la habitación 27.

Mi cama: un colchón que todavía no tenía puestas las sábanas y que me había sido "prestada" de otra especialidad, no sé cuál, pero podría llamarse algo así como "viejos que están de última".

De uno me hice amigo enseguida. Estaba ahí por una hernia gigante, a operar en partes. Su camiseta estaba toda manchada y el pijama obscenamente abierto. Me saludó y empezó a contarme su vida. Hablaba hasta por los codos. Tenía 84 años. Dijo que era arquitecto, aunque, por gusto, había estudiado casi diez carreras. Hizo una lista y me dio detalles. Era un viejo tanguero lleno de chistes de café, algunos prejuicios y valoraciones traídas de los pelos. Hablaba con dificultad y repitiendo todo mil veces.

Otro, que estaba al lado, era súper flaco, piel y hueso, no debía pesar más de cuarenta kilos. Tenía la risa cadavérica pegada a la cara, quizás la alegría de alguna anécdota que lo marcó o solo un tic de locura. A las dos horas de mi arribo, el viejito se cayó de la cama por querer alcanzar el papagayo. Su caída fue una explosión de ruido, raro tratándose de alguien que pesaba tan poco. Se lastimó la cabeza y empezó a sangrar. Tirado

boca abajo en el suelo, gritaba contra la cerámica: "¡por Dios, por Dios!". Toqué el timbre para que vinieran los enfermeros y me dispuse a ayudarlo. Pronto llegó la cuadrilla, liderada por un enfermero patovica y gangoso, y enseguida lo devolvieron a su cama y le hicieron curaciones.

A eso de las cuatro de la tarde, un grupo de blanco llegó pronunciando mal mi apellido:

—¡Inacardone! ¡Inacardone! ¡Al quirófano!

Me ordenaron desnudarme.

—¿Todo?

—Sí, todo.

Después me subí a una camilla. El enfermero patovica me envolvió con una bolsa de nylon y a las corridas me llevó por el medio de los pasillos, con movimientos bruscos, gritando a cada rato "peeeerggmiiiiggssoo", coleando en las curvas y haciéndome rebotar contra las puertas. La gente miraba mi desfile. Una persona me preguntó al pasar:

—¿De qué te operan?

—¡De una pierna! –llegué a contestarle.

—Ahhh, eso no es nada –escuché que decía, como decepcionado.

Al llegar al quirófano, un lugar parecido a una sala de ensayo musical, el cirujano y una decena de chicas y chicos con onda universitaria asistieron a mi desnudez en círculo, revisándome y acosándome a preguntas, me afeitaron el muslo y me inyectaron líquidos por todos lados.

De fondo sonaba la Aspen y ellos se quejaban por no haber traído buena música. Yo tenía vergüenza por estar desnudo. Lentamente, la sedación hizo efecto. El anestesista me preguntó si tenía sueño.

—Sueño y risa –dije.

—Jaja –se divirtieron–, a cada uno le pega distinto.

A mí lo que me pegaban era una buena piña y entonces creo que empecé a viajar en un tren o en un colectivo, mi cara era plastilina de la velocidad, las casas y los árboles se borraban por el vértigo, los pibes aspiraban pegamento en los baldíos rojos del fondo del sol.

Nódulo sinoauricular en efecto dominó, avalancha de sangre sobre el fascículo de His por las fibras de Purkinje; llegaba el miedo a los músculos papilares y las paredes ventriculares y el estímulo contráctil era imposible.

Explosión del tórax y de mi cuerpo en general. Partido en mil pedazos, incrustado un poco acá, un poco allá, en una doctora, en un enfermero, en la jefa de guardia que llegaba para ver el evento.

Todos bailaban alrededor de mi piñata perforada, se enchastraban y jugaban con mis partes. Yo podía verlo todo, por más que los ojos rodaban por el quirófano, con su colita blanca de espermatozoide, en una carrera imposible hasta el óvulo muerto de un paisaje de afuera, de antes.

Labios en el bolsillo, dientes en el rincón, lengua en aquella mano, jamás volverían a unirse las partes ni a articular sonido alguno, por lo menos no en mi boca.

Me daban por perdido en la mesa de operaciones: estos lo decían, aquellos lo pensaban, yo mismo podía comprobarlo.

Objeto maravilloso, todavía existía desnudo en aquella mesa y podía ver, aunque me sacaran la vista los cuervos vestidos de blanco; todavía existía en la esquina de la sala para presenciar el saqueo que hacían de mi vieja propiedad.

Cuando quedaba poco y nada, me despertó la voz grave del doctor Liendo, que le ordenaba al enfermero patovica:

—¡Ya terminamos con este! ¡Llevalo!

Modo repetición

Sombrita del fondo del mar, del valle de la muerte, sombra, como el cuervo: *nunca más*; ahora es la hora infectada, eléctrica, peste enchufada a todos nosotros, almas bellas vestidas con prendas descosidas y caras desfiguradas que algún día -era verdad- nos cortaríamos los ojos, nos quemaríamos las bocas a propósito, nos arrancaríamos las orejas igual que el pintor, pero conservaríamos las manos para escribir en un diario del fin del mundo todo lo que nos pasa, todo lo que necesitamos expresar o más bien sacarnos de adentro: un cálculo en el corazón, un deseo insatisfecho, un sueño jamás realizado.

Y ese peso es casi imposible sacárselo de encima porque, aunque sea un recuerdo que tal vez pudiera olvidarse, o un pecado perdonarse, o un mandato rebelarse, siempre es, además, un sentimiento. ¿Y cómo nos arrancamos un sentimiento? ¿Qué cirugía podría extirpar una parte del alma?

Me han dicho que todos tenemos un sentimiento dominante. Algunas personas están estructuradas en la culpa, otras en el miedo, otros en la incredulidad. A mí lo que siempre me ha pasado, desde chico, es la melancolía. Los griegos le decían bilis negra. Atrabilis. Eso es lo que soy: un melanco, nostálgico de lo que se fue, de lo que se perdió, atrabiliario, color negro formado de una parte cenagosa de la sangre o de la bilis segregada por el páncreas.

En esta cuarentena, al fondo del PH de la calle San Luis, la máquina del tiempo me lleva siempre a los mismos años. Como si mi vida fuera un disco rayado. ¡Qué tiempos aquellos! Nuestro mundo se venía abajo y sin embargo éramos felices.

Años noventa.

Cuando cerraron las fábricas y los oficiales torneros se suicidaron en masa, los hijos, tirados abajo del sol fumando una vela, dos velas, tres velas, nos recluimos en las esquinas para tocar nuestras primeras canciones...

La máquina del tiempo se vuelve loca y entonces empiezo a rebotar en distintas personas. Puedo verme, como si hiciera zapping en la tele, un rato con cada novia. Allá estoy, vendiendo objetos maravillosos con Ana 1; paseando a Ayax con Natalia 1; nadando en Baradero con Ana 2; viajando al sur con Natalia 2.

¡Basta!

Enloquecido, abro mi cuero y meto la mano en el interior pegajoso y caliente, corro las vísceras, corro el hígado, los pulmones, en busca de la melancolía maldita que me domina y entonces doy con el músculo repetitivo que, de pronto, se paraliza. ¡Cobarde!

¡Me muero!

No sé si alguien llama al 107 o si un fantasma del PH de San Luis se materializa para socorrerme, pero, uno, dos, tres, cuatro masajes cardíacos me reviven, respiración boca a boca, abro los ojos y entonces me levanto a pesar de la arritmia, maldito corazón, vivo, muero, vivo, muero, como un pájaro bobo que canta siempre lo mismo. Ana, Natalia, Ana, Natalia. ¿Si escucho? Claro. Llueve. Truena. Relampaguea. La bombita explota en mil vidriecitos y los vidrios en vez de caer parece que flotaran, caen un rato y después ascienden de nuevo, cristales en el living perforan el techo y todo queda a la intemperie, bajo las estrellas y la luna llena, la gata Lila, la pelota Wilson, los muebles, el teclado de la compu, en mis ojos los recuerdos, en mi boca la saliva infectada de coronavirus, sabor amargo, con gusto a bilis, del fantasma que logró resucitarme en la máquina del tiempo.

PARTE IV
Rebrote

La historia sin fin

Imaginamos un fin del mundo espectacular que nos iba a tomar por sorpresa de un día para el otro, con efectos especiales como en el cine, no este apocalipsis aburrido sin ovnis en el cielo ni zombis comiéndose a nuestros vecinos. ¡Que nos devuelvan nuestro gran final épico!

Que flexibilizamos la cuarentena; que no, que volvemos a la Fase 1.

Que llegamos al pico; que no, que escalamos la campana de Gauss.

Si salgo de casa -casi nunca- para ir a comprarle algo al Eterchino que atiende en el supermercado con casco de soldador o si me alejo un par de cuadras hasta la farmacia de Avenida Córdoba en busca de antialérgicos, de analgésicos, de alcohol al setenta por ciento -que nunca hay-, lo único que veo en la calle es ¡nada! Bolsas de plástico arrastradas por el viento.

Ya no aplauden a los médicos a las nueve, ni golpean las cacerolas a las diez. Cuando cae la noche, en la ciudad reina el silencio y en las ventanas de las casas se han bajado las persianas. Levanto la cabeza y miro el cielo: las estrellas muertas que todavía veíamos brillar se han extinguido definitivamente. Tampoco hay rastros de la luna. ¿Dónde estoy?

Busco el celular y llamo a Natalia 2. No me atiende. ¿Se habrá acabado todo también en Alemania? Desesperado, empiezo a llamar a todas las Anas y Natalias de mi vida, pero no doy con ninguna. Llamo a algunos alumnes del taller, para corroborar que todavía sigue la existencia humana, pero tampoco atienden. Busco en la agenda. Calistapunch no escuchó mi último audio

de ocho minutos y los compañeros de la Casa de la Provincia de Buenos Aires no pasaron ningún varado nuevo. ¿Qué pasa? El WhatsApp familiar "Hoy somos bosteros" no registra actividad en las últimas horas. Llamo a mi madre: nada. Llamo a mi hermana María Cecilia: nada. Llamo a mi hermana María Laura: el teléfono suena una y otra vez y ya estoy a punto de colgar cuando, de pronto, escucho: "Hola, hermano".

–¡María Laura! ¡Todavía estás viva! ¡Qué alegría! ¿Dónde estás?

–En Celina, ¿dónde voy a estar? ¿Qué te pasa? Tardé en contestarte porque estoy andando en bici.

Desde que empezó la pandemia, mi hermana empezó a hacerle compras a los viejos del barrio. Todos la adoran.

–Sos un ángel.

–Jaja, ¿qué te pasa? Nunca me trataste tan bien.

–Perdoname, hermanita, por todas las veces que te peleé cuando éramos chicos y por cantarte "María Laura se tira un pedo y se desmaya..."

–Jaja, hermano, ¿estás borracho? Si vos nunca tomás...

–No. Es que pensé que no quedaba nadie en el mundo, que yo era la última persona sobre la tierra.

–¡Para un poco, Will Smith!

–Vos sabés que esa película tan pochoclera en realidad es la adaptación de un gran libro. El autor se llamaba Richard Matheson.

–No me hables de literatura ahora, que estoy andando con la bici a toda velocidad.

–Uh, tené cuidado. ¿Pero por qué vas tan rápido?

–¡Para escapar de las nubes de mosquitos!

–Pero ya no hace tanto calor.

–¿No viste que salimos en Crónica TV?

–¿De verdad? Como cuando vino el Hombre Gato... ¿Volvió a aparecer? ¿O hay casos de coronavirus?

–De coronavirus no, ¡de dengue! Pará que freno.

Entonces me cuenta que ayer se llevaron a varios que volaban de fiebre y que hoy empezaron a fumigar los campitos. Dice que en los negocios no faltan ni barbijos

ni alcoholes en gel, pero que no hay forma de conseguir insecticidas y repelentes. ¡Hasta en el almacén de la Juanita hay desabastecimiento!

–¡Qué desastre!

–El problema es que ya estamos todos repicados y, si te pican dos veces, te agarra hermorrágico y no la contás.

Mi hermana tiene una forma de decir las cosas que siempre me da gracia, aunque hable en serio.

–Bueno, hermano, tengo que seguir. Hablamos.

–Cuidate, hermanita, ¡te quiero!

Antes de continuar, me manda por WhatsApp un *link* con las noticias del barrio:

Villa Celina, epicentro mundial de dengue

El mosquito aedes aegypti ha mutado en Villa Celina a causa de las aguas residuales de la cuenca Matanza-Riachuelo y se ha vuelto invencible. Resiste al Raid, al Fuyi, al Baygon y a todos los insecticidas conocidos. Las personas que logran sobrevivir al dengue hermorrágico se han convertido en mutantes y ya empiezan a verse, por las calles Chilavert, Martín Ugarte, Juan Rava, flamantes mujeres lagartijas, hombres regenerativos, enanos albinos e incluso animales insólitos: pájaros que en vez de plumas tienen pelos y equinos del tamaño de hormigas... Y, sí, nuevamente, ¡hombres gatos que resisten en las copas de los árboles!

VILLA FIORITO, VILLA CIELITO

EN MEDIO DE LA TORMENTA BRILLÓ UN RAYO DE SOL. ERAN LAS 12 del mediodía. Alguno que otro levantó la vista. En Buenos Aires, la gente seguía con sus cosas: el tráfico medio trabado, los transeúntes con barbijos, la realidad extraña del año de la pandemia. La luz me llamó la atención y levanté los ojos casi llegando al trabajo, sobre la Avenida Callao. Siempre es lindo ver ese fenómeno. Podría haberse nublado de nuevo; quizás la luz se había filtrado por algún huequito de la tormenta, pero seguro en un rato el clima continuaría su ciclo natural. El pronóstico anunciaba más lluvia. Pero no. De pronto el cielo se despejó a toda velocidad, como si arriba abrieran el paso para el ascenso de un alma importante.

–Qué tiempo loco.

¿Se casaba alguien o se moría alguien? La Biblia lo cuenta al revés. Dicen que cuando Jesús murió, el aire se puso negro y los rayos pegaron contra las paredes del templo. En cambio, ahora el cielo se ponía blanco, brillante como una pelota de fútbol; los rayos eran de luz solar y rebotaban contra las paredes de La Bombonera.

Entonces me acordé de la frase de Juan Moreira antes de batirse a duelo final en la película de Leonardo Favio.

—Con este sol.

Si lo mirabas, te quedabas ciego, como un inglés bajo la tarde resplandeciente de los aztecas.

Pero a nadie se le podía ocurrir lo que estaba pasando. En una fracción de segundo, la realidad se paralizó. La gente no lograba

subir ni bajar de los colectivos, de los subtes, de los taxis. Todo estaba quieto como en una foto. En el tiempo de Dios, como en el cuento de Borges "El milagro secreto", ese instante podría haber durado el año completo, un año de repetición: veinte, veinte.

—Venite, venite –los ángeles dijeron el anagrama del año de la pesadilla, mientras preparaban los potreros del cielo.

Y allá debe estar jugando de nuevo.

En la plaza de Plumerillo y Chivilcoy gambetea chicos más grandes que él y hace un gol justo al mediodía. Sus hermanos lo llaman desde el costado del campito.

—Pelusa, te llama mamá, te llama papá.

En el tiempo del reloj, un corazón se detiene y un país se convierte en el hombre de hojalata del Mago de Oz. Tiene sentimientos, pero ya no tiene corazón.

Burbuja

Todo estaba destruido salvo las señales de nuestros *walkie-talkie*. Corría el año 2025. La capitana Inés, la favorita Mechi y yo estábamos varados desde hacía dos años. Habíamos planeado unas vacaciones juntos como celebración de nuestra larga e intensa amistad y por una cosa u otra siempre las postergábamos. ¡Qué bronca que me daba! Cuando por fin nos pusimos de acuerdo, elegimos la isla Martín García, porque ninguno de los tres la había visitado y además no quedaba tan lejos, así que una mañana emprendimos viaje hacia la confluencia del río Uruguay y el Río de la Plata.

El rebrote de la pandemia fue peor de lo que pensábamos y lo que creímos que sería una semana entre amigues se convirtió en una verdadera odisea, digna de Robinson Crusoe en su isla desierta. Y la verdad es que nos pasó algo parecido, ya que quedamos solos al poco tiempo de llegar. La gran virulencia de la peste mató a todos los habitantes de la isla de un día para el otro, mientras nosotres visitábamos la cárcel donde había estado Perón. Cuando volvimos al hostel, las calles eran un tendal de cadáveres.

Por suerte, pudimos sobrevivir al virus, probablemente porque ya estábamos inmunizados desde el año 2022, cuando los tres habíamos caido enfermos después de un picnic en la plaza de Villa Ortúzar. La enana –la hija de Inés— era inmune pero tocó la patineta de otra nena que contenía mucha carga viral y después agarró nuestros *walkie-talkie* –que le regalamos a Inés para un cumpleaños— y nosotres nos contagiamos al mismo tiempo. Porque eso es la amistad: contagio. Por suerte, mis amigas lo cursaron asintomáticas; en cambio yo casi me muero. Pero, una vez más, sobreviví; igual que la vez que me agarró la culebrilla de chico y casi se me juntan las puntas o la vez que me atropelló el Peugeot 504 en la puerta de mi casa de Villa Celina y los vecinos

exageraron la historia hasta dejarme sin piernas ni brazos en el teléfono descompuesto.

Los pobladores de Martín García no tenían anticuerpos. Y creo que tal vez pudimos haberlos contagiado sin querer. Los matamos, como los españoles a los indios de América con la viruela y la sífilis. Y la isla quedó toda para nosotres. Dicho así, alguien podría decir: qué suerte, solo en una isla con dos amigas. Pero esta historia no es de color rosa. En todo caso, es azul y amarillo, no solo por Boca —el cuadro de los amores de Inés—, sino por el azul de tanto cielo y por el amarillo de tanta enfermedad.

Intentamos llamar varias veces al continente, pero nadie nos atendía. Los celulares se quedaron sin señal. Tampoco pasaron barcos ni vimos presencia humana en las cercanías. Lo único que funcionaba eran nuestros *walkie-talkie* —que siempre llevábamos encima—, pero tenían un alcance de solamente un kilómetro. Con el tiempo, aprendimos a cargar las baterías con el sol.

La comida que encontramos en la isla nos duró más o menos seis meses. Intentamos pescar, pero ninguno sabía bien cómo hacerlo y casi nunca pudimos atrapar nada. Salvo Mechi, que un día apareció con unas mojarritas. Las comimos fritas. Fue nuestro último banquete. Los días pasaron y el hambre nos empezó a acuciar. Éramos como los habitantes de la primera fundación de Buenos Aires, chupando las suelas de nuestros calzados. A ellos los rodeaban los indios, a nosotros, el agua.

Nos adentramos en la isla en busca de vegetales comestibles, de frutas, pero todo lo que probábamos era amargo y probablemente venenoso. Pronto empezamos a sufrir descomposturas y a padecer espasmos que nos hacían retorcer de dolor. ¡Teníamos que comer!

Dicen que cuando hay hambre, no hay pan duro. Lo mismo podría aplicarse a la carne. Desesperados, revisamos los cuerpos de los habitantes muertos de la isla, pero la mayoría ya estaba en descomposición. Sin embargo, debo confesar que llegamos a chupar algunos huesos.

Fue una tarde de sol blanco. Estábamos tirados, mirándonos entre los tres. Nuestras ojeras se habían convertido en verdaderos

pozos desde donde brillaban, famélicos, nuestros ojos amarillos por la ictericia. Estábamos condenados a muerte, pero al menos estábamos juntos. Una agradable brisa nos acariciaba las caras y el aire tenía olor a jazmines y malvones, lo cual era imposible porque en esa isla no vimos ninguna flor. Si las hubo en otro tiempo, ahora ya se habían extinguido, quizás las pudrió la misma peste. Posiblemente, nuestros sentidos estaban fallando y, a esa altura, lo que percibíamos eran recuerdos de infancia, de Campana, de Haedo, de Villa Celina, memorias a largo plazo.

Y así nos derretíamos, hechos cada uno un agujero, los tres últimos sobrevivientes del taller eterno (como llamábamos al taller literario donde nos conocimos). Nuestras manos raquíticas escribían en el suelo de aquella isla histórica los nombres de antiguos compañeros, que ignorábamos si todavía seguían con vida: Eduardo, Camila...

Vi que ellas cerraban los ojos y tuve miedo de que no volvieran a despertar. Aterrorizado les dije:

—Cómanme un brazo.

Ellas abrieron los ojos; yo señalé una cuchilla que habíamos encontrado.

Con las pocas fuerzas que teníamos, prendimos un fuego y calentamos un fierro, para que pudieran cauterizarme después de amputarme. Por suerte, en el botiquín del hostel había un anestésico. Ya estaba vencido pero me lo inyecté en el brazo y un poco me adormeció.

Entre las dos me serrucharon el brazo izquierdo. Yo cerré los ojos y pensé en mis partidos de fútbol en el campito, en grandes goles que había hecho y que ahora permanecen en completo olvido. Cuando miré, la tierra era un reguero de sangre. Mis amigas no podían llorar porque estaban anémicas y casi no tenían sodio en el cuerpo. Me apoyaron el fierro al rojo vivo sobre la herida y el olor de la carne quemada me dio hambre.

La capitana apoyó sobre la fogata las rejas de un viejo ventilador y ahí pusieron mi brazo.

—Que no se arrebate –dije riéndome, ya medio demente, como si se tratara de una tira de asado.

Cuando estuvo listo, ellas cortaron trozos de carne y los tres comimos. Por un momento olvidé lo que estaba pasando, solo disfrutaba de aquella comida junto a mis amigas. Me ponía feliz verlas comer, verlas vivir. La brisa se detuvo y el silencio reinó en la isla, ni siquiera se escuchaba el sonido de nuestros dientes.

Nunca, nadie, jamás, vino a rescatarnos. Pasaron semanas, meses, años, y apenas seguimos acá, sobreviviendo a costa de nuestros propios cuerpos. Ya no sé bien cuánto queda de nosotres. Cortados, mutilados, quemados, dijimos que seguiríamos unidos para siempre, en sagrada comunión, desarmados como un rompecabezas que la propia isla, o alguien, algún día, si viene, ojalá, volverá a armar.

Cambio y fuera.

Apocalipsis

Despierto al mediodía y escucho solamente silencio.

—¿Y los pájaros?

Me pongo de pie y empiezo a caminar hacia una torre blanca rodeada de cipreses, dolorosamente, en medio de la poca humanidad que todavía perdura, callada, aferrada a su mundo.

El tiempo se acaba y vuelve el cero. Y allí no hay lugar para nosotros.

Un hombre, vestido completamente de azul, se me pone adelante y me impide avanzar. Me inspecciona durante un rato y después empieza a gritar, demente, llenándome la cara de saliva.

—No me podés contagiar –le digo–, ya estoy de vuelta.

Entonces baja la voz y emite varios sonidos que supongo palabras pero que no entiendo, porque su lengua me resulta desconocida.

Habla durante un par de minutos y después toma distancia. Yo continúo mi recorrido hasta la torre, abriéndome paso entre las personas moribundas.

De pronto, oigo un clamor que llega desde lejos y aumenta insoportablemente. Enseguida reconozco el aletear de los ángeles, que parecen grandes murciélagos. Sobrevuelan rasantes sobre nuestras calles y levantan polvareda de las ruinas. Lo hacen a gran velocidad y algunos incluso ametrallan a la gente o lanzan bombas químicas que despiden gases amarillos con olor a azufre. Me refugio debajo de un auto quemado.

En la esquina hay varias personas arrodilladas. Miran al cielo, rezan y piden piedad, pero las balas de los ángeles los despedazan. Continuamente, las explosiones revuelven los objetos esparcidos

y los cuerpos yacientes y los combinan de nuevas y diferentes maneras, como en un juego.

Correr es inútil: el destino ya está escrito. Los animales lloran como humanos; los seres humanos gimen como animales. Todos los seres vivientes parecen entonar la misma canción de despedida y en el cielo una gran orquesta parte el aire con rayos y truenos.

Empiezo a llorar. Entre la gente deambulan mis amores. Ana, Natalia, Ana, Natalia. Sus caras, llenas de erisipela, sangran pus sobre las mejillas sin piel. La que peor se encuentra es Natalia 2: un ojo le cuelga como agarrado de un resorte, como si fuera una muñeca, una Barbie alemana.

Los ángeles siguen atacando una y otra vez hasta que, en un momento, se oye un repicar de campanas. Entonces se alejan hacia el horizonte. Seguramente habrá nuevas oleadas más tarde.

Aprovechando el momento de calma, sigo mi camino.

El hombre de azul, que aún sobrevive, vuelve a perseguirme con cierta dificultad y otra vez trata de llamar mi atención con su jerga irreproducible. Intento imitarlo con algunas onomatopeyas, pero él me mira descolocado.

Adelante como la muerte, la torre rodeada de cipreses me espera, inmune a los bombardeos y erguida como un falo frente al caserío hecho polvo. Es cilíndrica y está toda pintada de blanco. De la cima pende una cuerda gruesa abandonada al viento, que la mueve como si fuera un látigo.

Tiene dos ventanas cuadradas: una abajo, cerca del suelo, y la otra bien alto; ambas carecen de vidrios o cortinas, solo son aperturas rústicas que dejan entrever la oscuridad. De la ventana inferior sale una especie de vapor. En la base hay un arco por donde aparentemente se puede ingresar.

A medida que avanzo, pareciera que la torre también se aleja, como si fuera parte del horizonte. Corro a toda velocidad y de alguna forma lo logro. Llego agitado. El hombre de azul me persigue y llega conmigo.

Miro hacia atrás. Huestes demoníacas entran en comandos a los restos de la ciudad, revisan a cada uno de los moribundos y les disparan tiros de gracia. Todos son asesinados, salvo nosotros dos.

Miro hacia adelante, más allá de la torre y los cipreses. El paisaje es la nada misma, una imagen abstracta y sin colores, sin marco, sin trazos, sin bordes, sin textura, sin formas, sin existencia; más que una visión, una idea y nada más, nunca más. Ángeles y demonios han arrasado con todo.

Atravesamos el arco. En el interior hay una escalera caracol que sube y penetra dentro de un techo que, aunque construido bastante alto, probablemente es el piso de una habitación o espacio anterior al final de la torre.

Estoy seguro de que ese techo es un subtecho porque, mientras caminaba hasta acá, vi claramente que la torre tenía dos ventanas. Ahora, viendo desde adentro, solo descubro una. La otra ventana debe estar en una habitación oculta.

Por otra parte, acá en el suelo de la planta baja hay unas compuertas entreabiertas que parecen ser la entrada a un sótano. Por su abertura emana un vapor fétido que asciende hasta perderse por la primera ventana.

Tengo que decidir si abajo o arriba. No lo dudo demasiado. El olor del sótano es repugnante, así que lo mejor será subir. Mi compañero parece estar de acuerdo.

Empezamos nuestra espiral ascendente y lo que en principio no aparentaba ser un largo trayecto se convierte en una agotadora subida que parece no acabar nunca. Pero termina: por fin, ingresamos en el agujero del subtecho.

Sorpresivamente nos encontramos en la terraza donde está la soga que antes había visto. Está atada a un mástil y se prolonga hasta la cornisa y cae algunos metros. ¿Pero dónde está la segunda ventana?

Me asomo por el agujero de la escalera y compruebo, una vez más, que solo hay una ventana. Entonces me arrimo al borde de la terraza. Azorado, descubro, como antes, que hay dos ventanas. Estoy confundido. Miro varias veces por un lado y por el otro, pero siempre confirmo lo mismo: adentro, una ventana; afuera, dos.

Me tomo un momento y pienso.

El plan es previsible: aferrado a la soga bajaré hasta la misteriosa ventana por la parte exterior de la torre.

Lo comento con mi compañero, que se muestra reticente. Me dice algo irreproducible y le contesto que yo voy a bajar. Entonces se sienta en el piso.

Me aseguro de que la soga está firmemente atada al mástil y me dispongo a descender. Repentinamente, un ángel pasa cerca disparando una ráfaga de ametralladora. Yo resulto ileso. Mi compañero, en cambio, no corre esa suerte: yace retorcido e intenta detener con las manos las vísceras que salen de su vientre. Me acerco hasta él y, tomándole la cabeza, trato de reconfortarlo. Para mi sorpresa, habla nuestro idioma. Me dice:

—Este final es imaginado, pero me duele.

Y cierra los ojos y deja de respirar.

El azul de su ropa parece más claro. Permanezco junto a su cuerpo durante un rato, estremecido, observando su cara que de a poco empieza a resultarme familiar, aunque aún no puedo afirmar si lo conocí en otro tiempo.

Adiós, hombre azul.

Dejo atrás al que era, quizás, el anteúltimo hombre del mundo. Me interno fuera de la terraza, desciendo con ayuda de la soga y apoyando los pies en los ladrillos salientes.

Finalmente, llego a la ventana y entro en ella. En la habitación hay dos personas. Deben ser Dios y el Diablo.

—Adelante –me dicen.

—¿Por qué nos hacen esto? –pregunto.

No me contestan, pero me dan un cuaderno y una birome.

—Escribí lo que vamos a dictarte.

Los miro fijo: parecen nerviosos.

—Voy a escribir –les digo–, pero lo que yo quiera.

Repentinamente alguien abre la puerta de la habitación. Es el hombre azul que creía muerto en la terraza. ¿Habrá resucitado? Entonces lo reconozco. ¡Es mi papá!

—Aceptá la propuesta que te hacen, pichón, te conviene.

—No –le repito también a él.

Entonces, el hombre azul se desvanece y detrás aparecen, una por una, todas las Anas y Natalias de mi vida, recuperadas totalmente de sus heridas y luciendo vestidos hermosos. Como si fueran un coro, me dicen al unísono:

—Aceptá, Juandi, aceptá.

Dudo un momento.

—¡No! –les grito–. ¡Basta de espejismos!

Dándoles la espalda, me pongo a escribir.

—¿Qué hacés? –me preguntan Dios y el Diablo.

No les contesto y escribo:

"Los comienzos y finales no existen".

Me doy vuelta y descubro que ahora estoy solo. Miro por la ventana. La ciudad y el paisaje han desaparecido. Lo único que veo es agua por todos lados. La torre se levanta en medio de las olas. Arriba, el cielo cambia el azul del día por el negro de la noche. La luna y las estrellas comienzan a brillar y alumbran las llanuras azules: *El cementerio marino* de Paul Valery. ¡El mar, el mar siempre recomenzado!

Un deseo profundo me empuja hacia la ventana y hacia afuera. Entonces salto y caigo como una gran roca hacia las olas frenéticas y me estrello como si fuera un cometa. Mi larga cola de luz se apaga en el fondo.

Adiós, torre de mis culpas; adiós, espejismos del amor, yo siempre quise hacerme a la mar.

El mar no más que un pozo de agua oscura,
los astros son solo barro que brilla.
Idea Vilariño

Quasi una fantasía, sonata

De la oscuridad que rodea la cama del niño -como la negrura del campo al pueblo-, se levantan los enfermos de antiguas pestes. Puedo verlos y pueden verme. Uñas sucias se acercan a mi cuerpo. No sé bien cómo defenderme, pero me tapo hasta la cabeza, con el barbijo todavía puesto y, aunque apenas puedo respirar, sigo siendo Juan Diego, una luz vital agazapada bajo las frazadas, al fondo de un PH en el Abasto: plena pandemia, pleno fin del mundo.

Afuera sopla el viento y me parece escuchar voces lejanas, como el sonido de las olas en las cavidades de un caracol. Familia, amores, amigos, alumnes. Esta cama enorme como un barco navega a la deriva, todos mis sueños han caído por la borda y yo apenas me sostengo agarrado a las almohadas. La lluvia arrecia. Los remolinos giran a toda velocidad y se tragan todo lo que encuentran. Son las famosas vueltas de la vida. Aquellas personas que se hunden ni siquiera pueden despedirse. Apenas puedo escucharlos y sus voces se han vuelto extrañas, como habladas en otros idiomas, o como si *ni siquiera hablaran*, tal vez porque en sus últimas horas han perdido la facultad del habla, suenan más bien como llantos de recién nacidos; mis padres, mis hermanas, lloran como bebés; mis amores, Ana, Natalia, Ana, Natalia, son espíritus devorados por los gatos en el techo.

Donde no hay nada, hay, sin embargo. Y lo que falta tiene sonido -siempre se escucha lo que no está-; yo lo escucho, y hace falta cierta mente; dondequiera puede *oírse Ludwing Van Beethoven lamentándose; como una* bestia nerviosa, un caballo en el corral frente a la inmensidad del cielo, en la pretormenta. En este PH donde vivo solo,

barrio del Abasto, hay, sin embargo, ladridos de perros de otros países, conversaciones de gente de otros siglos, fotografías invertidas de la Tierra, como si fuera un espejo puesto en el espacio contra mi casa.

La lluvia golpea sobre el patio cubierto y el agua rebalsa las descargas. Corre en el líquido lo que falta de la infancia hasta caer por el desagüe y, como la sangre en las venas, debajo de la ciudad, en tuberías, va mi sangre y busca el río.

De pronto, parece que pudiera amanecer. Creo ver luces que iluminan el ambiente. Escucho la bocina de un auto. Alguien toca el timbre en la casa de al lado. Quizás han venido para decirnos que la pesadilla terminó y que ya estamos todos bien, que llegamos a la Fase 5 de la nueva normalidad y que ya podemos salir y reencontrarnos con nuestros seres queridos.

Pero lo que falta es lo que sobra: tanto sol el que no está, tanto día no aparece, que entonces los enfermos de las antiguas pestes -acostumbrados a la oscuridad- revelan sus figuras espectrales, caras picadas de viruela, labios carcomidos por los herpes, cuellos endurecidos por nódulos leprosos, genitales con chancros sifilíticos, ojos amarillos a causa de la ictericia, todos juntos se materializan sobre mi ropa colgada en los percheros. Perdón. Lo que falta me embota los sentidos; los ojos, por ejemplo, me arden como si estuvieran en un incendio y la vista arde en bocanadas de humo que el vacío fuma en una pipa; estará fumando algo que es mío; pienso no tan solo. Ya me parece oler mi carne, mi piel, mi barrio, mi calle, incluso los cuerpos que no son míos pero que han sido míos, Ana, Natalia, Ana, Natalia, desnudos en las canciones en modo repetición, en modo petición.

Y lo que faltaba... Han llegado los vecinos a golpear frenéticos la puerta, gritan mi nombre, insultan -tal vez el coronavirus los ha vuelto rabiosos-, exigen que baje de una vez esta música tan alta, que *allégro ma non troppo*, un poco maestoso, en la cueva del oso, *scherzo*:

molto vivace, cuando lo que falta, hace, en el "A", un escándalo.

Y faltaba más: todas las pantallas se encienden como si este final fuera un *poltergeist*. En los canales de televisión pasan partes de mi vida; en las computadoras solo se puede navegar por mis redes sociales. Riachuelito en Facebook, en Twitter, en Instagram. Mis posteos se han vuelto virales. ¡Literalmente! La gente me insulta; trollea cada episodio de mi vida.

Les pido perdón a todos. Esta escritura del yo no tiene remedio. Pero lo que falta, aturde. ¿Con qué lectores compartiré este trance?

Ahora, de bronca, me quiero tragar gota a gota cada cepa del virus. Y recordar todo como Funes, el memorioso, porque confieso que, más que melancólico, soy un carroñero de la memoria. Espero que se mueran y después salgo en busca de los restos, todo lo aprovecho para mis cuentitos.

Esta sed es inevitable. No tiene fin, ni precio, me pica el estómago como el hambre. En este vacío, que es un pozo lleno de personas, un espacio tan lleno de ruido que aturde, cuando no encuentro -nunca encuentro- el norte (perdido), entonces deambulo en busca de mis cadáveres exquisitos. Como en este diario.

Me voy.

A lo lejos, en el horizonte de la noche, una tribuna colmada me insulta o felicita. Sus adjetivos calificativos se han sustantivado. Todos los sustantivos propios que creía poseer se han vuelto sustantivos comunes: ana, natalia, ana, natalia.

No me voy.

En la agonía, delirante de fiebre, aturdido por los dolores, puedo verme a mí mismo siendo un niño, otra vez, en Villa Celina. No vuelan las palomas, no vuelan los murciélagos. Es de noche por la oscuridad más que por la hora. El día jamás existió en las memorias agitadas de las niñas y los niños golpeados por sus padres; todos corremos por los bosques de antenas y de torres cuando llueve a cántaros el agua fantasmal, una lluvia que no tiene padre

ni madre como nosotros, que no es de las nubes porque no hay nubes, que no es del cielo porque no hay cielo. Los chicos corremos sin gravedad por la colectora. ¡La misma muerte nos persigue! Parecemos astronautas flotando en la General Paz; con nuestros trajes agujereados por meteoritos y asteroides, viajamos en la zanja los cirujas infantiles del espacio; de las respiraciones y del viento. Cada uno, uno solo, todos, uno, solos, por las calles olvidadas del Conurbano bonaerense, perseguidos por látigos, puños y alfileres. No volamos, pero saltamos; no peleamos, pero corremos; allá nos vamos; yo los veo, porque también corro con ellos: nos arrojan lo primero que encuentran, si es un plato, si es un libro, no importa, cualquier objeto de la civilización es bienvenido contra las cabezas de los niños escapando por las calles, cuando los animales no se atreven a salir, salvo los perros, nuestros queridos perros de la infancia, que corren por inercia, o compañerismo; ellos nos reconocen como hermanos si nos echamos a correr, y por más domesticadas que pudieran haber sido sus vidas, de pronto se desatan como lobos a campo abierto, junto a nosotros, uno, todos, por las banquinas que recuerdo; un coro de ladridos y gritos infantiles, montonera de piernitas mal alimentadas, sin Patria, sin Dios.

Ahora sí.

Me voy.

Me destapo la cabeza.

Me levanto de la cama.

Y me tiro a las aguas en medio de la pieza pará que los enfermos de las pestes me despedacen en sagrada comunión.

La cueva de ropa (pasado, presente y futuro)

Era un lugar que quedaba lejos de todas partes. La entrada, casi al ras del piso, fue construida por miles de soldados entre mi cama y las camas de mis hermanas. Para abrir la puerta había que reír o llorar, sino no valía. Esa era nuestra contraseña sagrada de Alí Babá.

Un sábado a la tarde llovían coronitas en el patio. El salpicar era más fuerte que todos los sonidos del mundo. Una por una desaparecían las canciones de los pajaritos que vivían en el pino de la flaca, las voces de la radio en la cocina y las explosiones de las chapas que se estrellaban en la calle, voladas por el viento.

María Cecilia tenía miedo por la tormenta y sin querer abrió la puerta de la cueva de ropa. Como estábamos aburridos, nos metimos los tres. Para no perdernos, enroscamos una sábana y la usamos como soga. Cada uno tenía que agarrarla fuerte con las manos.

El túnel iba para abajo. En su oscuridad flotaban estrellas infinitesimales. Eran átomos –les expliqué a mis hermanas–. El suelo también brillaba, porque estaba hecho de pepitas de oro.

Tiempo después, leí *Viaje al centro de la Tierra*, y supe que todo lo que contaba Axel Lidenbrock era verdad porque la cueva de ropa también pasaba por bosques de hongos gigantes, también era habitada por dinosaurios y terminaba en el mar.

Pasaron los años y ahora soy grande.

Veo la nada desde mi balcón. Es de noche y llueve. Tengo la pierna en alto contra la baranda porque me desgarré un gemelo. El viento sopla fuerte igual que en la provincia; la zanja, crecida, arrastra hojas de paraísos y estrellas federales; el farol de la esquina se apaga.

Esta lluvia y esta noche hacen buena pareja con aquella lluvia y aquella noche. Imagino que tal vez se están mezclando a través del agua y que estas gotas que caen sobre mis manos son en realidad aquellas que caían en el patio de Celina.

Esta negrura que veo desde el balcón tiene forma de cueva. Eso me da cierta esperanza. Para abrir la puerta, primero pruebo llorando, pero tanta agua lava las lágrimas; después pruebo riendo, pero la risa es falsa, y la puerta no me cree.

Decepcionado, entro de nuevo al living y cierro la ventana del balcón. Voy a la cocina, tomo agua y apago la luz.

El sueño me llevará hacia el campito.

Caminaré despacio, porque seré un anciano. Miraré las golondrinas que volverán oscuras hacia el norte. Estaré tan débil y sediento que la sombra de un árbol me aplastará las piernas.

Caeré al piso y me fracturaré la cadera. Escucharé entonces el crujir de las piedras de tosca expuestas al calor del verano y me parecerá que hablan. La muerte me resultará algo imposible, una especie de cuento.

Horizontal sobre la gran esfera, recordaré el nombre de mis seres queridos y pensaré, afiebrado, que sus caras desfilan en la luz.

Hablaré con ellos y les contaré cosas. Pero solo me devolverán silencio y la charla en realidad será un monólogo lento, entrecortado.

De pronto, el cielo se tornará gris, gris oscuro y después negro y en el horizonte por fin aparecerá la tormenta. Las coronitas que caían en el patio de mi infancia ahora lo harán en el campito. Los pájaros desaparecerán y los brillos se apagarán.

Pasarán varios días y otras personas me encontrarán. Alguien me reconocerá:

—Es Juan Diego Incardona, el escritor de Villa Celina.

Primero comprobarán mi muerte. Después intentarán levantarme. Pero no será fácil. Mis pies estarán semienterrados en un suelo más duro de lo habitual. Ellos no sabrán que ese suelo en realidad está hecho de baldosas rojas y amarillas del patio de mi casa.

Cada vez más gente se acercará para ver mi cadáver. Las personas me rodearán y debatirán cómo hacer para sacarme de allí.

El *rigor mortis* será tan fuerte que no podrán despegar la mano de mi pecho.

Mis abuelos Giuseppe y Lucía vendrán a buscarme. Yo les preguntaré por mis hermanas y me dirán que ellas me esperan en la cueva de ropa, que para entrar solo tengo que reír o llorar.

¿Cómo escribir sobre el año más extraño de nuestras vidas? Juan Diego Incardona viaja desde su encierro pandémico en el Abasto hasta su infancia en el conurbano bonaerense, en Villa Celina. Los primeros amores, que también hablan de los actuales, la vida autogestionada –en la literatura o en la venta ambulante–, la mutación de la política vivida como ajena en los noventa al fragor identitario después del 2001.
¿El presente le habla al pasado o el pasado viene a darle algún sentido al presente? *La culpa fue de la noche* encuentra la respuesta en la electricidad y su alternancia: esa fuerza inconmensurable que mueve y funciona como puente metafórico para unir fantasía y realidad, crónica y ficción, dualidades que en 2020 parecieron fundirse con nuestras vidas cotidianas como nunca antes.



www.futurock.fm
@futurocklibros
@futurocklibros